PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

Narraciones Populares Catalanas

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

NARRACIONES POPULARES CATALANAS

Es propiedad

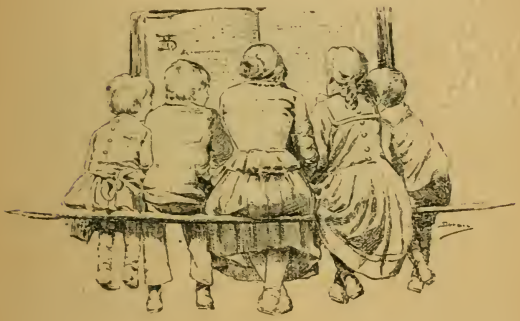
La Cat
F2355n
.S4

Narraciones populares

CATALANAS

RECOGIDAS POR SEBASTIÁN FARNÉS

TRADUCIDAS LIBREMENTE POR A. R. I L.



ILUSTRACIONES DE M. DURÁN

492503
1. 6. 49

BARCELONA

BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Durán y C.ª, editores ⋆ Claris, 106-108

M DCCC XC III

CORPVS CHRISTI
LIBORG

ADVERTENCIA

Con *el presente tomo inauguramos la serie propiamente* folk-lórica *de nuestra* Biblioteca. *Como prometimos en nuestro prospecto, después de cada cuatro ó cinco tomos de novelitas ó narraciones cortas, daremos á luz un tomo por el estilo del que ofrecemos á nuestros lectores, en el cual procuraremos dar á conocer lo más popular y característico de una literatura determinada. Ha llegado hoy la hora de cumplir nuestra promesa. Hemos empezado por la publicación de cuentos catalanes, en primer lugar, porque nos parece que es deber nuestro dar la preferencia á lo*

que es de nuestro país, y en segundo lugar, porque la necesidad de dicha publicación se imponía desde hace mucho tiempo. La producción catalana folk-lórica *es muy rica y abundante; pero tiene el inconveniente, para muchos de los que residen en nuestro suelo, de estar escrita toda ella, ó en su mayor parte en catalán. Hay muchas familias de las que viven en el Principado que ignoran el catalán, y otras que por razón de moda ó por lo que se quiera, no lo usan, en particular dirigiéndose á los niños. Á suplir este inconveniente y á procurar dentro y fuera de los límites de nuestra tierra, la mayor difusión de nuestra rica literatura narrativa popular, se encamina este volumen, que esperamos ha de ser acogido también favorablemente por todos los verdaderos amantes de la lengua y literatura catalanas. Para que estos puedan apreciar en todo su valor, en el original, alguna de las narraciones populares del señor Farnés, reproduciremos íntegro en catalán, en las notas, el cuento titulado* El carbonero, *que nos ha parecido uno de los más interesantes y acabados.*

LOS EDITORES

PRÓLOGO

No estimamos oportuno ya, el debate acerca las variadas causas que hicieron nacer y desarrollarse en la época contemporánea, especialmente durante la segunda mitad de nuestro siglo, la afición á las llamadas investigaciones folk-lóricas. Esta afición se nos ofrece hoy como corriente avasalladora é irresistible, y ante un hecho de tal naturaleza, preciso es que se resigne aún el más empedernido adversario de lo añejo.

Sin embargo, como se trata aquí de un hecho social, no escapa á la penetración de nadie que la corriente folk-lórica constituye una pequeña fase de la gran corriente analítica que impulsa hoy á las ciencias, á las artes, á la literatura, á todas las ramas, en fin, de la actividad humana.

¿Deberáse esa corriente analítica á la natural reacción producida por los excesos cosmopolitas hijos de las aplicaciones científicas que tienden á suprimir el espacio y el tiempo? ¿Será esta corriente hija del alma individual de los pueblos que se subleva ante la idea de anonadarse y abdicar de todos sus derechos y facultades en el seno de un todo común, vago é indeterminado? ¡Quién sabe!

Lo que sabemos por experiencia nosotros, hijos de nuestro siglo, es que dentro de nuestra conciencia ha revivido un patriotismo no consagrado por la ley escrita, y que las mismas sensaciones y afectos que hacen vibrar nuestro corazón patriota, conmueven el corazón del mundo contemporáneo.

En efecto, por una parte se hace sentir por doquiera el afán de conocer la esencia íntima de las sociedades, y por otra va ganando terreno hasta alcanzar ya las más encumbradas altitudes de la soberanía, la revindicación del respeto y consideración debidos al elemento etológico de los pueblos: las ciencias especu-

lativas y prácticas obedecen, en este punto, á un común criterio: la humanidad se afirma varia y se siente orgullosa de semejante afirmación.

En un extremo de la península ibérica existe un pueblo que ha despertado al soplo regenerador moderno, y se ha sentido lleno de vida, aún después de inauditos esfuerzos, propios y ajenos, para llegar á su completo anonadamiento. Este pueblo es el catalán.

Y este pueblo tiene también su folk-lore, porqué tiene personalidad propia. La ciencia especulativa y la ciencia práctica han estudiado los diversos elementos de su organismo social; la primera ha afirmado la existencia y la segunda ha planteado la necesidad de que lo que vive en la naturaleza, viva y se desarrolle dentro del organismo del Estado.

Si se nos pregunta á que grupo intentamos alistarnos, recogiendo los cuentos, leyendas y consejas populares de Cataluña; al de los folk-loristas puramente especulativos, ó al de los regionalistas, contestaremos francamente que ignoramos

todavía el sitio que nuestras aficiones nos señalan.

Recogemos con exquisita solicitud esas obras poéticas que la tradición oral nos ofrece todavía en nuestro suelo, tal como ella nos las presenta, sencillas, ingénuas, desnudas; así han pasado sin duda al través de mil generaciones.

En ellas sentimos latir el corazón de nuestra patria querida; toda el alma del pueblo catalán está allí, fuerte, enérgica, vibrante. Pero, al mismo tiempo, en ellas encuentra nuestro espíritu sediento de ideales puros, de verdad, de bondad y de belleza, un manantial refrigerante.

Y estamos á la vez convencidos de que nuestros afectos y nuestros sentimientos son los sentimientos y afectos de nuestros contemporáneos, de dentro y fuera de Cataluña.

He aquí porque recogemos con avidez las inagotables riquezas de nuestra tradición oral, y las recogemos sin afán de apropiárnoslas.

Casi todas son copia taquigráfica de la narración popular.

SEBASTIÁN FARNÉS

EL CARBONERO

ÉRASE un carbonero, y ya os podéis imaginar desde luego, que no le faltaba pobreza, que le sobraban hijos, y que lo que ganaba á duras penas cubría sus escasas necesidades. El tal carbonero andaba siempre hecho una lástima, sucio, andrajoso y mal cuidado.

Llegó el día en que no le quedó para comer ni un mendrugo de pan; su numerosa prole limpiaba las migajas de la mesa, con una rapidez que le acongojaba. Entonces juró y porfió que el día que pudiese ir al al bosque y hacer una buena carga de carbón, se comería el solo, á sus anchas, y libre de molestos pedigüeños, una gallina entera.

Salió pues, una mañanita muy temprano para el bosque y hecha muy pronto la carga de carbón, puso en práctica lo que se había propuesto y tanto deseaba.

Cogió una gallina, la mató y la puso á cocer al fuego dentro un puchero.

Mientras se cocía pasó un gran señor, muy bien montado, con ricas espuelas, capa rozagante y lucida cabalgadura, el cual le dijo:

—Dios os guarde, carbonero.

—Dios os guarde, caballero.

—¿Me quisierais dar de la gallina que se cuece en este puchero?

El carbonero le miró de hito en hito enojado de verle tan bien vestido y que aun así le pedía lo que era tan suyo, y no pudo menos de preguntarle:

—¿Quién sois vos que así sabéis lo que cuezco?

—Soy la Suerte, le respondió el caballero.

—¿La Suerte? Pues no quiero daros nada, porque sois la misma injusticia; á los unos se lo dais todo, á los otros ni un adarme. Id en hora mala.

Quedóse en paz el hambriento carbonero, saboreando de antemano el rico bocado; más he aquí que apenas tenía la gallina cocida y á punto de sacarla del puchero, se presentó otro señor, vestido muy pobremente, casi desnudo y montado en un caballo tan flaco que se le podían contar uno á uno todos los huesos. El segundo caballero le vino con el mismo cuento que el anterior.

—Dios os guarde, carbonero.

—Dios os guarde, caballero.

—¿Me quisierais dar de la gallina que tenéis dentro de este puchero?

—¿Y quién os ha dicho que aquí se cuece una gallina? Un solo día que quiero darme vida regalada, ya todo el mundo sabe que he de comer una gallina. ¿Quién sois?

El caballero le responde:

—Soy la Muerte.

—¡Ah! ¿Sois la Muerte? dijo el carbonero. Venid y de mil amores nos partiremos la gallina, porque sois la misma justicia; á todos hacéis igual cuenta y así me trataréis á mí como al más rico del mundo. Sentaos.

Y con la mejor armonía pusiéronse á comer de la gallina, el carbonero y la Muerte.

En concluyendo de comer y beber, la Muerte le dijo:

—¿Qué quieres? ¿Qué te falta? No seas corto en pedir. Todo te lo puedo dar.

Y el carbonero le contestó:

—No me falta más que dinero. En cuanto á lo demás no he de quejarme. Tengo muchos hijos y una mujer excelente.

—Serás servido, le replicó la Muerte. Te daré en abundancia lo que pidas.

El buen carbonero, con todo y sus deseos, no se atrevía á pedir nada.

—¿Tendrás bastante con toda tu casa llena de oro?

No hay que decir si quedaría satisfecho el pobre carbonero.

La Muerte le advirtió que cuando llegaría á su casa la encontraría toda llena de aquel

rico metal, es decir, que materialmente no podría entrar.

El carbonero llegó á su casa, y efectivamente lo halló todo como la Muerte se lo había dicho; las habitaciones estaban cuajadas de dinero. No se podía dar un paso. Su mujer estaba fuera y los chiquillos jugaban en el portal. Los tomó y se los llevó á una tienda para cubrir su desnudez, y él y sus hijos se vistieron como unos ricos señorones.

Cuando la mujer del carbonero llegó á su casa quedóse como viendo visiones ante aquel extraordinario espectáculo, y más que admirada exclamó:

—¡Ah! ¡pobre de mi marido que se ha vuelto loco! ¿De dónde has sacado todo esto?

—Mira, calla y no te preocupes, le contestó el carbonero, porque todo esto muy nuestro es. Me ha caído encima toda una fortuna.

Y le enseñó cuanto dinero poseían y que era imposible de contar. Después hízola ir también á la tienda á vestirse por el mismo estilo que él y sus hijos; es decir, alhajada y adornada como una poderosa dama.

Cuando estuvieron equipados, se les ocurrió construirse una casa magnífica y espaciosa; luego compraron coches y trenes suntuosos; en fin, que se pusieron en el mismo pie que unos marqueses, y se daban muy buena vida y todo el día iban en coche.

Al cabo de algún tiempo la Muerte fué á verle y le dijo:

—Andate con tiento, que no haces más que gastar dinero y como todo tiene fin en este mundo, por mucho que tengas se te acabará. Es menester que sigas un oficio ú otro. Dí que oficio prefieres y al momento te pasaré maestro.

El carbonero no sabía que responder y la Muerte le preguntó:

—¿Quieres ser droguero?

El carbonero contestó:

—Como no sé escribir, no podría anotar lo que vendiera al fiado y lo perdería todo.

La Muerte añadió:

—¿Quieres ser boticario?

El carbonero respondió:

—Como no sé leer, no podría entender las recetas y daría una medicina por otra.

Entonces la Muerte le repuso:

—Pues te diré un oficio que no podrás rehusar, porque no habrás de leer ni escribir.

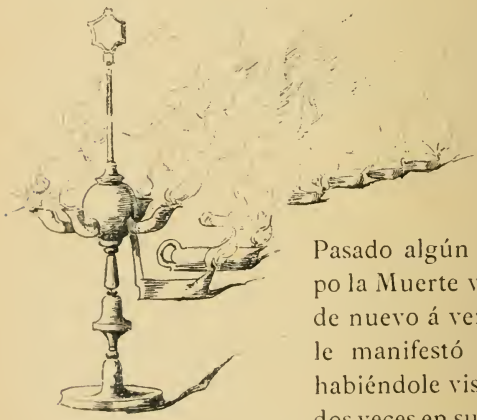
Y le ofreció ser médico.

El carbonero le replicó que no quería serlo, porque no sabría hacer recetas; y la Muerte le contestó que no tendría que recetar; que ya le explicaría como habría de hacerlo, pues curaría sin remedios.

—Cuando vengan á buscarte de una casa, le dijo, mira detrás de la puerta y si me ves á mí, por sano y sosegado que esté en apariencia un enfermo, dá prisa á los de la casa para que le hagan confesar y comulgar, porque será señal cierta que habrá de morir. Y cuando no me veas, por doloroso y grave que el mal sea, les dirás que no le hagan

ningún remedio, que tu les aseguras que no se morirá, y como todo lo adivinarás, de todas partes vendrán á buscarte en procesión tendida.

Hízolo así, y como en efecto, todo lo acertaba, pedían por él de todas las partes del mundo. Solo con una visita tenía suficiente para curar y desahuciar un enfermo, y sin embargo, ganaba muchísimo dinero.



Pasado algún tiempo la Muerte volvió de nuevo á verle, y le manifestó que, habiéndole visitado dos veces en su casa, deseaba que él fuese siquiera una vez á la suya.

Y así lo hizo en efecto. Le devolvió la

visita, y la Muerte le mostró unos armarios donde había muchas candilejas encendidas. Unas daban muy buena luz, mientras otras se iban acabando. Preguntóle que eran aquellas luces, y ella le contestó:

—Son las vidas de los hombres.

Y entonces le enseñó una luz que por momentos se extinguía y le dijo que aquella era su vida, que corriese á su casa y se confesara y comulgara, pues á las pocas horas moriría.

El buen carbonero, apenas repuesto del tremendo susto que le causó aquella desagradable noticia, se fué derecho á su casa sin detenerse, y encargó á su mujer que fuera á buscar á toda aprisa un sacerdote para confesarse.

Pero su mujer que le veía tan sano y bueno no daba crédito á sus palabras, y se contentó con exclamar:

—¿No decía yo que mi marido era loco? Ahora la ha dado en querer confesarse y comulgar, y en decir que se va á morir estando bueno.

Por fin, viendo que tanto y tanto se impacientaba le obedeció,

É hizo muy bien, porqué pocos instantes después de haber confesado y comulgado, acabó en paz y en haz de Dios sus días el buen carbonero, cuya mayor fortuna fué el no haber desatendido el aviso que le dió la Muerte, su más leal amiga.

EL ZAPATERO DE ABAJO

NA vez era un viejo muy avariento y tan rico como avaro, que por única compañera de su vida tenía un ama de llaves, también entrada en años, la cual le hacía las veces de tal, y aún las de cocinera y camarera. Tenía horror al excesivo gasto, y por economía prefirió quedarse soltero toda la vida, convencido de que no era lo mismo dar de comer á dos hambrientos,

que á media docena, sin contar con la costilla. El matrimonio parecíale una verdadera superfluidad.

Apesar de ser tan avaro, el tal sujeto era muy pródigo en promesas: sólo mostraba su condición aviesa en cumplirlas. Aquí es donde realmente se quedaba corto. En vano decíale el ama de llaves, con la buena intención que es de suponer, que arreglara la cuestión de intereses para el caso de una muerte repentina; en vano le tiraba indirectas sobre su triste situación el día que él faltara, porque los parientes se apoderarían de todo y la echarían de casa. El avaro ni por esas hacía testamento.

Un día el ama de llaves llamó á la puerta del cuarto de su amo; llama que llamarás, más nadie le respondió. Llena de ansiedad forzó la puerta, entró y... le encontró muerto y helado en la cama. Ya podéis figuraros el trastorno de aquella mujer. Y no porque tuviese mucho sentimiento de aquella muerte, sino porque, lo que ya se temía, no había dispuesto de sus bienes.

Desatinada, sin saber lo que se hacía, corría por la casa, daba vueltas de un lado

para otro, entraba y salía del cuarto del difunto. Mas de pronto ocurriósele una idea.

El notario del pueblo estaba ya muy viejo, muy próximo á emprender el último viaje. Todavía se podría combinar una trampa si una buena persona se encargara de esconderse debajo la cama del muerto y fingiendo un poco la voz dictara el testamento. El notario se creería de buena fé que era el viejo avaro el que hablaba. En este punto no veía dificultad alguna.

Más ¿en dónde encontrar esta buena persona?

Así pensaba la pícara ama de llaves y como suele decirse que quien piensa en el diablo es que le tiene al lado, llamaron en aquella sazón á la puerta muy oportunamente.

Era el zapatero de abajo; un pobre cargado de chiquillos á quien el amo permitía estar en la entrada de la casa y de quien se servía como de un criado ó recadero. Cabalmente entonces subía para saber como se encontraba el viejecito.

Al ver á su ama tan trastornada, le preguntó:

—Y pues ¿qué novedad hay?

—¡Ah, buen hombre! exclamó el ama. ¡Si encontrara alguien que se apiadara de mi!

—Ya sabéis que siempre os he tenido muy buena voluntad, como si fueséis de la casa. Si puedo serviros en algo, mandad.

Entonces el ama le contó la desgracia y añadió:

—Siempre el pobre me decía: «No temas, Antonia; yo no tengo más que algunos parientes muy lejanos; haré testamento y te lo dejaré todo para tí»...

Y el ama, al decir eso, lloraba á lágrima tendida.

—¿Todo? observó el zapatero.

—Bien, él lo decía, rectificó el ama, pero también solía aña-

dirme que era tanto el afecto que os tenía, que no os quejaríais de él y que algo os alcanzaría.

—¿Esto decía? ¡Ay pobre señor, que lástima que se haya muerto sin disponer de sus bienes!

—No obstante, su voluntad era hacerlo, objetó el ama serenándose un poco.

Y explicó al zapatero su idea, repitiendo:

—Su voluntad era hacerlo así...

—¿Y yo me estaré debajo la cama, fingiré algo la voz, y dictaré el testamento? ¿No es cierto? preguntó el zapatero.

—Eso es: el notario es tan viejo, que ni lo echará de ver siquiera.

Quedaron convenidos, y el ama se fué á avisar al notario, rogándole que se diera prisa.

No se hizo esperar mucho el buen representante de la fé pública. La mesa de escribir se colocó cerca la ventana, un poco lejos de la alcoba, con el pretexto de la claridad, y una vez puestos en orden tintero, pluma y papeles y á punto todo, el viejo notario, con las gafas alzadas, empezó á borronear el papel y á hacer preguntas, que

el zapatero de debajo la cama, contestaba con voz doliente y fingida.

—Á mi heredero le encargo, decía la voz, que sobre todo no reclame nada de alquileres atrasados de la bohardilla al zapatero de abajo.

—No está mal entendido, pensaba el ama de llaves. El buen hombre ha empezado por él y es muy natural.

—Adelante, decía el notario dejando correr la pluma.

—Quiero que de la bohardilla se traslade al piso primero, porque el pobre zapatero padece de sofocación y sé el tormento que es tener que subir escaleras.

El ama de llaves abrió los ojos asustada. La cosa se ponía seria. ¡Aquel egoista no se acordaba de ella!

—Que mi heredero, continuó diciendo la voz, no le pueda exigir nunca alquiler, ni á él ni á sus hijos y nietos...

—Adelante, iba diciendo el notario con las narices pegadas al papel, sin reparar en la cara de desesperación del ama, que se daba á todos los diablos.

—Los alquileres de los demás pisos que

los cobre el pobre zapatero de abajo, y que se los quede si los necesita.

—No extrememos las cosas, se atrevió á insinuar el ama, como si amenazase al que había debajo la cama.

—Se conoce que le quiere mucho al pobre zapatero, observó el notario sin levantar la cabeza del papel.

—El campo, continuó la voz, la viña, la huerta, los censos, que lo usufructúe todo el pobre zapatero...

—¡Al demonio! exclamó el ama, no pudiéndose aguantar más. ¡Por Dios, señor notario, no ponga usted esas cosas! ¡Qué barbaridad!

—¡Pero, bendita, bien tengo de trasladar puntualmente cuanto dice el testador!

—¡Bueno está el testador! mejor diría el timador, que burla burlando, y riéndose á sus barbas, se va á quedar con toda la herencia. ¡Bueno está el tunante! Vaya, por Dios, señor notario, no crea usted á ese sin vergüenza. El amo está muerto, y bien muerto.

—¡Cómo se entiende! Si oigo que habla...

—El que habla es el zapatero de abajo que está debajo de la cama.

El notario, que á pesar de ser notario, era un buen hombre, y dicho sea con perdón de tan respetable clase, al ver tan clara la trampa, no pudo menos de reirse á todo trapo.

Luego añadió, dirigiéndose al zapatero:

—La codicia os ha perdido. Nada; habéis tirado demasiado de la cuerda.

EL LOBO COCINERO

En cierta ocasión se estaba un lobo mirando de hito en hito una pobre oveja que había cazado. Era hacia el caer de la tarde, entre dos luces, y al otro lado del torrente los pastores tenían ya en-

cendida la hoguera en que debían cocer su frugal cena. Estaban alrededor del fuego en grata conversación, y de seguro que esta recaía sobre las hazañas del lobo que á distancia les contemplaba, á propósito de las cabezas de ganado que aquel día habían precisamente echado á menos.

El lobo, al ver la hoguera, cuyo resplandor le llegaba hasta él, murmuró:

El hombre tiene gran afición á comerse la carne cocida al fuego. Veamos si tiene razón de cocerla; si fuere más gustosa no seré yo quien deje de comerla de tal suerte.

Y sin más consideraciones puso la oveja ya degollada al resplandor de la hoguera.

Al cabo de un rato la probó y mientras la saboreaba, decía:

—Tanto me gusta cocida como cruda.

EL LADRÓN Y EL DEMONIO

la caída de la tarde caminaba por un estrecho sendero, un hombre de miserable aspecto, que con mirada recelosa se volvía de continuo de uno á otro lado, como si tuviese miedo de ser visto.

De pronto sintió un escalofrío. Era que junto á él pasaba un caballero bien vestido, quien al verle se detuvo para preguntarle con suma amabilidad.

—¿Compañero, donde vais?

—Hacia allá arriba, contestó nuestro asustado viandante, esquivando dar una contestación clara.

—Desechad todo temor, le replicó el caballero cada vez más amable y oficioso; sé hacerme cargo de las cosas de este mundo: vos vais á la *masía*.

—¿Quién os lo ha dicho? preguntó alarmado el pobre hombre.

—¡Yo que lo sé! Y sé también en busca de que vais; en busca del granero que, según parece, está muy bien provisto.... ¿No es verdad?

—¡Ah, señor, no me descubráis! Soy pobre, tengo muchos chiquillos, y la cosecha no ha sido buena....

—¡Callad buen hombre, no temáis! ¿Yo descubriros? ¿Que no sabéis quien soy?

—No, señor; no tengo el gusto de conoceros....

—Gracias, amigo mío; el gusto es para mi en esta ocasión; soy el demonio.

El caminante descubierto en sus intenciones, al saber con quien se las había, determinó tratarlo con cierta deferencia y respeto, para conseguir mejor su intento.

Este,—como lo había adivinado ya el demonio,—no era otro que el de ir á llenar su saco en el granero de la *masía* donde pensaba no había de conocerse la pequeña merma que causase. Le constaba que si hubiese ido al amo á pedirle trigo para su familia necesitada, no le habría faltado, y quizás en abundancia, ¡pero eso de pedir hace tan pobre! ¡Y si te dicen que no, que vergüenza! le sugería su pícaro amor propio, que era el principal instigador de su mala acción.

El demonio, como si leyera en su interior, le dijo al poco rato.

—No temáis que nadie os vea, ni que nadie encuentre á faltar el grano que pudierais hurtar. Hay para todo el mundo. Pero no os carguéis demasiado; es preferible que vayáis por él más á menudo; en un par de semanas podréis tener hecha una regular provisión. Cada día nos podemos encontrar aquí porqué también cada día voy á la *masía*.

—¿Y que vais á hacer si se puede saber?

—Pues muy poca cosa; voy á estorbar. En concluyendo de cenar, los de la *masía* suelen rezar el rosario. Es un bendito vicio del que no les puedo desacostumbrar. Pero

ya que no otra cosa, me entretengo en distraerles, haciéndoles pensar en olvidos que han tenido, en ocupaciones urgentes ó les hago venir sueño. Pero ni por esas logro mi objeto; se pasean, uno avisa al otro, y el rosario se acaba por fin, y me he de volver con el rabo entre piernas.

—¿Tan testaruda es aquella gente?

—Vaya si lo es, pero no tanto como yo, dijo el fingido caballero con una estridente y antipática carcajada. Ahora mismo tengo en el magín una idea que me parece me ha de venir de perilla.

—Veamos. ¿Y en que consiste esa idea?

—Nada más sencillo. Quiero dedicarme á tentar á la chica, la cual tiene ya edad para escucharme, aunque maldito el caso que me hace. Si le infundo sueño, su madre la desvela. ¡Qué hacer pues! le despertaré una sed vehemente y mientras beberá podré acercarme, porqué entonces los demás y especialmente su madre, estarán ocupados en sacudirse el sueño de los ojos, y no me ahuyentarán con ningún *Jesús* que me deje sin aliento.

En esto pasaban por delante del cobertizo

y después de haber enseñado á su compañero un sitio en donde la cerca era poco elevada, precisamente cerca el granero, el demonio se entró por la puerta, tan campante como si fuera de la casa.

Así que el pobre hombre quedó solo dentro el granero, dió con el saco en el suelo, y venga llenarlo. En cuanto lo tuvo lleno, lo ató; pero al ir á cargárselo al cuello, le acudió la idea de que, no pudiendo ser descu-

bierto, como se lo había asegurado el mismo demonio, tenía tiempo sobrado para ver lo que éste hacía dentro de la *masía*.

Del granero á la puerta de la cocina, no había más que un paso y desde allí se oían

perfectamente las voces de los amos y mozos rezando el rosario.

Se acercó á la puerta y miró por una rendija que se abría entre las maderas mal ajustadas. Y he aquí lo que vió el ladrón de trigo. Del lado opuesto á la puerta detrás de la cual espiaba, una cocina muy grande con la mesa puesta todavía; siete ú ocho personas sentadas en bancos y taburetes; una mujer de cara al fregadero; una muchacha, derecha al pie de la luz colgada del hogar, haciendo media; y todos rezando el rosario con pausada cantinela.

Sentado sobre una piedra del rescoldo del hogar, al pie de la boca del horno, vió al fingido caballero, contraído su rostro pálido por su burlona sonrisa, confundiéndose cuasi su vestido negro con el hollín de la chimenea.

De pronto, la muchacha dejó la calceta sobre la mesa y se acercó cabalmente á la misma puerta desde la cual lo estaba atisbando todo el ladrón de trigo: seguíala el fingido caballero, muy alegre, riéndose y frotándose las manos.

Llegaron al dintel de la puerta en donde

había el banco de los cántaros, y el fingido caballero tomó obsequioso un cántaro de tierra y lo ofreció á la muchacha.

Nadie se dió cuenta de aquella muda escena. El rosario continuaba con su cadencioso y acompasado murmullo.

La muchacha no pudiendo resistir más la sed ardiente que la devoraba, levantó el cántaro para beber. Aquel momento fué el que escogió el disfrazado demonio, que estaba cerca de ella, pegado materialmente á su vestido, para deslizar en sus oídos sus palabras tentadoras....

—¡Jesús al cántaro! gritó el pobre hombre que no pudo resistir más aquella desagradable visión.

—¡Ladrones en el granero! gritó una voz que se perdió por la chimenea.

El cántaro cayó de las manos de la mu-

chacha y todos los de la *masía* acudieron á la puerta del patio. El buen hombre no quiso disimular nada, y explicó al amo de la *masía*. de punta á cabo, cuanto le había sucedido con el fingido caballero.

Y el demonio, que por venganza había descubierto el hurto por él facilitado, no logró su objeto; porqué agradecido el padre de la muchacha, premió el buen corazón del ladrón, no solamente dejándole llevar el saco que lleno y bien atado encontraron en el granero, sino regalándole trigo de sobra para que pudiera pasar un buen invierno con su numerosa y necesitada familia.

QUIEN NO TE CONOZCA

QUE TE COMPRE

BA cierto día un pobre hombre á la feria á vender un asno y lo guiaba con tanto descuido, sin volverse nunca atrás, y arrastrándolo tan perezosamente del diestro, que un par de estudiantes que le vieron concibieron la idea de robárselo, sin que él lo notara.

El pensamiento, como se vé, era atrevido. Para llevarlo á cabo sin ningún tropiezo,

uno de los dos fué al encuentro del dueño del burro, le dió los buenos días, y buscó modo de trabar con él conversación. El estudiante le manifestó como él iba también á la feria y cuanto se alegraba de encontrar compañía.

Mientras tanto el segundo estudiante se puso al lado del borrico, le sacó la cabezada y se la colocó encima de sus propios hombros, con tanta ligereza y primor, que el buen hombre no notó la menor cosa.

El que daba conversación al payés, observando que todo marchaba tan bien, buscó una excusa cualquiera para separarse de su compañero de camino, prometiéndole que ya le alcanzaría. Retrocedió pues precipitadamente y se apoderó del burro, que libre ya, se había puesto á comer tranquilamente la hierba de los ribazos del camino.

Mientras tanto el buen payés iba andando y tirando del cabestro, sin reparar cosa alguna, pareciéndole tan sólo que el borrico se distraía muy á menudo. De pronto observó que ni á gritos ni á tirones podía sacarle de su paso, y al volverse para darle un poco de grano ¡cual fué su sorpre-

sa, al ver que á quien guiaba era un estudiante!

—¡Jesús, María, José!...

—Hermano, le dijo el estudiante arrodillándose, compadeceos de mi suerte y rogad á Dios por mí. Siete años hace que en cas-

tigo de mis pecados, Nuestro Señor me condenó á ser burro, á fin de darme en este mundo mi merecido, y de esta suerte hacerme más hacedero el alcanzar la salvación eterna. Hoy se cumplen, día por día y hora por hora, los siete años de mi penitencia. Os pido perdón por lo que os haya podido hacer sufrir durante el tiempo que he estado en vuestro poder, y os suplico que me dejéis en libertad, pues quisiera en el resto

de mis días, consagrarme al servicio de Dios en el fondo de un claustro...

El buen hombre iba comprendiendo, en medio de su sorpresa, la trascendencia de lo que veía. ¿Mas que hacer ante aquella inesperada contrariedad, sino resignarse á ella? Así fué que después de algunos momentos de silencio, llenos de angustia por una parte y otra, replicó:

—¡Buen Dios y Señor! ¡Jesús! ¡Quién lo había de decir, mi borrico! Levantaos ya infeliz pecador (como hemos dicho el estudiante se había postrado á los pies de su supuesto amo) y perdonadme vos, asimismo, los malos ratos y tratos que os debo haber hecho pasar y dado, en el tiempo que os habéis empleado en mi servicio. ¿Qué queríais que hiciese? Yo pensaba tener un burro y tenía... ¡Ave María Purísima!... ¡Id en nombre de Dios!

No se lo hizo decir dos veces el pícaro estudiante: se quitó en un santiamén la cabezada y después de mil acatamientos y señales de sumisión y respeto, se volvió por el mismo camino que había venido, dejando al payés aturdido, pasmado, sin saber

que hacer, con el cabestro á la derecha y la cabezada á la izquierda.

Al fin decidió llegarse á la feria y comprar otro borrico. ¡Pobre payés burlado! En el punto y hora en que pensaba hacer un buen negocio vendiéndose el suyo y

adquiriendo otro mejor, se veía cogido, engañado, sin su jumento, y por añadidura sin el dinero que le había costado de compra el pobre... estudiante. Y al considerar

todo esto hacíase además la siguiente reflexión: ¿Y no pudiera ser que al comprar un nuevo burro, me encontrara con otro desventurado penitente?

—¿Quién sabe? murmuraba, y aquella duda le llenaba de angustia más cruel, que la pérdida que acababa de sufrir. Con estas y otras cavilaciones llegó á la feria. Después de algunos momentos de descanso, á pesar de sus temores, se decidió á comprar otro burro, en el caso de que encontrara alguno que le sirviera.

Mientras estaba inspeccionando el ganado, quedóse lleno de nuevo asombro al contemplar un burro de él muy conocido, que entre los demás estaba esperando quien le pusiera precio.

Era el mismo estudiante, es decir, era el mismo burro que se convirtió por el camino en estudiante y que quizás por malos de sus pecados había vuelto otra vez á su estado primitivo de penitencia. Todas las señas coincidían con las del antiguo burro, es decir, con las del burro estudiante: el pelo, las orejas, la mirada, el aire, en una palabra, todo, absolutamente todo.

Al reconocerlo, el buen payés se acercó á él y le pareció que el borrico con su insistente mirada le indicaba que se lo llevase. En ella había algo así, como una melancólica súplica, como una petición á la vez, de protección y de clemencia.

Todo lo comprendió. El desgraciado estudiante, es decir el burro, quería ir con él, porque suponía que tendría mejor trato con quien le sabía su vida y sus malandanzas, que con un dueño extraño. Así lo entendía el buen hombre; pero ¿quién tiene el valor de comprar un animal que sabe de cierto que es una persona? Por estas y otras razones fáciles de comprender, el buen payés se acercó más al burro y con voz sosegada y algo socarrona le dijo:

—¡Pobrecito! Quién no te conozca que te compre...

Los que le oyeron quisieron saber porqué lo decía y entonces el buen hombre se vió obligado á contar la accidentada historia de aquel burro, añadiendo que por esta razón no daría por él ni un maravedís.

Ya se puede suponer si fué celebrado aquel hecho y si corrió de boca en boca

el agudo dicho que motivó, cuando hoy día se ha convertido en una sentencia popular y aceptada en todo Cataluña.

Á LAS PUERTAS DEL CIELO

NA vez érase un gran señor, si conde ó marqués, no lo sé bien, pero si me consta que de muy ilustre prosapia, ó como suele decirse, noble por los cuatro costados, y además muy rico y muy poderoso. No era militar, ni abogado, ni cuidaba de sus caudales; no servía para nada más, sino para comerse las rentas de su gran patrimonio en continuas francachelas, entre amigos y alegres camaradas.

Un día se puso malo, yo creo que de algún exceso en la pitanza ó en la bebida, de la que era muy devoto, y aquel día no hubo remedio para él. Aquel gran señor se marchó de este mundo como el más pobre y miserable de sus colonos. Al llegarle su hora, el caballero linajudo, el rico, el poderoso, con sus pergaminos, sus caudales y todo su prestigio, siguió el mismísimo camino que los demás mortales.

Eso sí, su muerte metió mucho ruido; las campanas la divulgaron por toda la ciudad, los curas la salmodiaron lúgubremente y medio pueblo se vistió de luto y siguió el cadáver hasta el cementerio. Pero pocos la lloraron; una vez enterrado, las campanas y los curas callaron y los vestidos negros fueron guardados cuidadosamente por si habían de servir para otro entierro.

Mientras aquí bajo, en la casa del gran señor, todo eran idas y venidas, llantos y preparativos para el suntuoso entierro, dispuesto y ordenado por la vanidad y voluntad del noble difunto, su espíritu aligerado del cuerpo, otros quebraderos de cabeza tenía, que detenerse á ver si se cumplía exac-

tamente en la tierra todo lo que él había dispuesto. Sólo, sin compañía alguna, subía arriba, arriba, camino del cielo, admirado, más que enfadado de ver el poco caso que de él hacían los otros espíritus que encon-

traba al paso, todos más ligeros que él, puesto que le alcanzaban y hasta le pasaban delante.

Con grandes trabajos llegó á la puerta del cielo que encontró cerrada. Ante ella se detuvo y llamó. San Pedro abrió el portillo y preguntóle:

—¿Qué queréis?

—Quisiera entrar. ¿No es aquí el cielo?

—Aquí mismo. ¿Quién sois?

—Aquel noble señor, por quien tanto repican las campanas de la tierra.

—No os tengo presente, dijo san Pedro, después de reflexionar un buen rato. En fin ¿qué habéis hecho de bueno en esta vida?

—No creo haber hecho mal á nadie, respondió confundido aquel señor, antes tan altivo.

—Es que no basta no haber hecho mal á nadie; fuisteis rico y poderoso; pudierais además haber hecho mucho bien...

Y quedáronse los dos mirándose el uno al otro, san Pedro tranquilo y con un aire de bondad que confundía al pobre noble, y éste temblando sin saber que hacer ni que decir.

—Bien, exclamó al fin el portero del cielo, mientras no hayáis hecho derramar lágrimas allá bajo...

Y lo dijo con acento tal, acompañado de una mirada tan significativa, que el buen señor no tuvo más remedio que confesar la verdad.

—Tanto como no haber hecho derramar ni una sóla lágrima... se atrevió á decir entre dientes.

—Explicaos, no tengáis miedo.

—Un día hice llorar á un pobre hombre; era mi zapatero. Le había encargado unos zapatos y cuando los tuve, al probármelos, ví que no me venían y mandé que se los devolvieran.

—¿Os estaban pequeños?

—No, al contrario, me bailaba el pie en ellos.

—¡Bah! por anchos no había que apurarse: la cosa tenía remedio... no pudo menos de replicarle san Pedro interrumpiéndole.

—La verdad es que todo el mundo se hubiera reído de mi en los salones; yo que tenía unos pies como barcazas...

—Seguid diciendo.

—Se los hice, pues, devolver; pero él no quería marcharse de mi presencia porfiando en que debía pagarle el cuero, la suela y ¡que sé yo!

—¿Le abonasteis el precio del cuero y de la suela?

—No, señor; porque los zapatos quedaban para él; podía venderlos si quería; suya era la culpa... porque me los estropeaba.

—Adelante ¿y después?

—Después me rogó que me los quedara,

porqué tenía mujer y cuatro hijos y se encontraba sin un cuarto, y se habían de morir todos de hambre si no me quedaba los zapatos. ¡Cómo si yo tuviese que encargarme de toda su familia!... Además de que

me los había hecho tan mal, que ni siquiera podía aprovecharlos....

—¿Y después?

—¡Ah! no lo sé. Los criados tuvieron que echarle de casa. Me dijeron que había llorado un buen rato en el rellano de la escalera, y que sólo á la fuerza había consentido en marcharse.

—¿Y después?

—Nada más. ¡Ah! sí; al día siguiente leí en el diario que habían sacado del río el cadáver de un hombre con un par de zapa-

tos nuevos atados al brazo, que sin duda cayó ó se arrojó en él; que sé yo... Yo pensé si sería mi zapatero, pero como puede caer tanta gente al río, no me molesté en averiguarlo.

—¿No quisísteis saber lo que había sido de aquel hombre desesperado y de aquella mujer y chiquillos hambrientos? preguntó san Pedro sin poderse contener.

—No, señor; ¿y á mí que me importaba?

—¡Afuera! exclamó irritado hasta lo sumo san Pedro. ¡Afuera! Aquí no entran almas tan ruines como la vuestra.

Iba á cerrar la puerta; pero detrás de él se oyeron unas voces que clamaban:

—¡Dejadle entrar! ¡Por amor de Dios! No hubo mala intención en todo lo que hizo el señor conde. ¡Dejadle entrar!

Era el pobre zapatero de la tierra, bienaventurado en el cielo, rodeado de su buena mujer y de sus hijos, que intercedían al glorioso portero por su propio verdugo.

Entonces san Pedro, enternecido de veras delante de aquel espectáculo, exclamó dulcificando un poco su voz:

—Como aquí no se puede negar nada,

que entre. Pero ha de ser con una condición. No se moverá de la portería ni un sólo instante, y para entretenerse hará de zapatero para los pobres, hasta el día del juicio en que el Supremo Juez revisará su sentencia. ¡Entrad!

Desde aquel día, en la puerta del cielo, trabaja, con actividad y ardor, para ganarse la entrada á la gloria, un humilde zapatero: es aquel famoso noble, conde ó marqués, de esto no estoy bien seguro, el cual ha de estar allí de esta suerte hasta el día del Juicio final.

¡Y aún gracias!

EL PASTORCILLO

UERÉIS ver como también entra el amor en el corazón de los pastorcillos, y les hace tan osados que se atreven á poner sus ojos hasta en las mismísimas princesas? Pues punto en boca y escuchadme. El pastorcillo de nuestro cuento no tenía más bienes que la tierra que pisaba, ni más oficio que el de cuidar un rebaño ageno, ni más herencia que la de ser hijo de otro pastor tan pelacañas

como él. Todo lo cual no obstó á que, pasando por acaso cerca del lugar donde él se estaba guardando cabras, las tres hijas del rey, se enamorara, sin saber como ni de que manera, de la menor de las tres, que —sea dicho de verdad,—era linda como un manojito de flores, y fresca como una primavera.

Tan fuertemente se enamoró, que se fué poniendo triste, triste, y cada vez más triste, hasta que no pudiendo resistir más, un día se resolvió á abandonar el rebaño de su amo é ir en busca del palacio del rey, para ver de nuevo aquel manojito de flores que le había robado el corazón.

Sólo, pues, con el zurrón al cuello, íbase el buen pastorcillo andando, andando, hacia la ciudad del rey, cuando he aquí que por el camino halló al pie de una fuente un lobo, un oso, un águila y una hormiga, que se disputaban tenazmente.

Habían encontrado un cordero muerto y querían repartírselo, pero no hallaban la forma de ponerse de acuerdo.

—Yo os lo repartiré, dijo el pastorcillo.

Gustoles la proposición y quién la hacía,

y tan bien se las compuso que á los cuatro dejó satisfechos.

Entonces el lobo le dijo:

—Me has gustado tanto, que no quiero que te marches, sin hacerte un obsequio. Y arrancándose un pelo, añadió:

—Toma este pelo mío: con él siempre que quieras podrás volverte lobo.

El oso por su parte, no queriendo ser menos, le dijo á su vez:

—Por lo bien que lo has hecho te daré también un pelo mío, y te podrás volver oso cuando te convenga.

El águila le dijo:

—En premio de tu buen acierto, aquí tienes una pluma mía y siempre que lo desees podrás volverte águila.

Al tocarle el turno á la hormiga, dijo también muy cortesmente:

—Me has complacido tanto como á mis compañeros: más pobre de mí, sólo puedo recompensarte con un don; el de volverte hormiga cuando te parezca.

El chico les dió las gracias y con aquellos presentes continuó su camino, anda que andarás, hacia el palacio del rey.

Una vez allí los centinelas no le dejaron pasar adelante. Mas él no se apuró por eso, sino que acordándose del águila, y echando mano de la pluma, tomó la forma de tal y se puso á la ventana del cuarto de las hijas del rey.

Al ver aquel pajarraco tan grande, la mayor y la mediana se asustaron y se pusieron

... ni más oficio que el de cuidar un rebaño ...

Véase pág. 57

á gritar; la menor, más valiente, se le acercó y acariciándole, lo cogió y corrió á enseñarlo á su padre.

—Esto es un águila. Será preciso matarla, dijo el rey.

—No quiero que la matéis, replicó la pequeña; yo la he cogido y es mía.

—Tienes razón, dijo su padre; pero al menos hemos de meterla en una jaula.

La princesita consintió en ello y le compraron una jaula de oro, muy bonita, para meter el águila.

Hé aquí que la primera noche, mientras dormían las tres hijas del rey, el pastorcito se vuelve hormiga, sale de la jaula y después se convierte en oso. Una vez convertido en oso, despierta á la hija mayor, la cual al ver aquel animalazo huye espantada de su cuarto. El pastor con mucho disimulo se vuelve de nuevo hormiga, entra en la jaula y de hormiga se convierte otra vez en águila y con gran formalidad pone su cabeza bajo el ala, como si nada hubiera pasado.

Á la noche siguiente no pudieron dar á entender á la hija mayor del rey de dormir en aquel cuarto, por más que sus dos her-

manas se burlaban de su miedo. Más hé aquí que cuando éstas ya dormían, el águila vuelve á sus andanzas pasadas: esto es, se transforma en hormiga, sale de la jaula, se convierte en lobo y despierta á la hija mediana del rey, que se escapa también horrorizada del cuarto. Una vez la niña fuera, el lobo se vuelve otra vez hormiga, entra en la jaula y se convierte en águila.

Nadie á la noche siguiente pudo convencer á la mediana de ir á dormir en aquel cuarto y la pequeña tuvo que dormir sola, riéndose á todo trapo del miedo de sus hermanas. Más cuando dormía la princesita, cátame ahí que nuestro pastorcillo se convierte en hormiga, sale de nuevo de la jaula y de hormiga vuelve á su ser natural humano, y la despierta muy quedo y con la voz más dulce que pudo.

La pequeñita quedó asustada al ver un muchacho junto á su cama, más él la dijo:

—No te espantes, no grites, no temas nada; soy un pobre pastor que me hé enamorado de tí perdidamente.

—¿Cómo has entrado aquí?

—¿No me conoces? Pues soy el águila que

tanto quieres y el oso que asustó á tu hermana mayor y el lobo que tanto miedo da á tu hermana segunda.

Y le contó toda su historia desde el día en que la vió y quedó prendado de ella, acabando por preguntarle si le aceptaría por esposo, de la cual proposición, dice el cuento, que quedó la princesita muy contenta y que le supo á miel regalada.

Al día siguiente refirió á su padre como se había enamorado de un pastor y que á todo trance se quería casar con él.

Ya podéis imaginaros si se incomodaría el rey y cuanto suplicaría, porfiaría y aun amenazaría; pero al fin viendo que machacaba en hierro frío, permitió á su hija que se casara con el pastor, pero sin darle ni un maravedís de dote.

Y hé aquí que el muchacho y la princesita se casaron, y como que él conservaba los presentes dentro del zurroncito, compró un rebaño, que siempre fué aumentando, pues que no hubo lobo, oso, ni águila, que á él se acercaran, que el pastor no los cazase y los matase.

Y él fué un gran pastor y ella una rica

pastora, tan rica como pudieran serlo sus hermanas y todavía mucho más feliz de lo que ellas con sus encopetados maridos.

LA MONA DEL OBISPO

En cierta ciudad hubo un obispo gran conocedor de las cosas del mundo y que, como tal, se pagaba muy poco de ellas. Vivía en su palacio sin ostentación ni lujo de ninguna clase, y destinaba todos sus haberes á limosnas y obras artísticas, que también son estas limosnas que se hacen al pobre pueblo, sediento de mejora intelectual y moral.

Sin parientes y rodeado de amistades dudosas, el buen prelado no tenía otro compañero íntimo que una mona africana, regalo de un antiguo compañero de seminario.

Sus monadas le recordaban muchas veces las que delante de él hacían los personajes que iban á pedirle alguna gracia.

El buen obispo contaba algunos años y los que le trataban más de cerca, le tenían tasados los días. No se hubieran equivocado de mucho si se hubiesen visto obligados á pronosticar su muerte.

Á ninguno de ellos le cogió de nuevo pues, que un día, después de comer le sobreviniese un hipo persistente y terrible y que el buen prelado cayese herido de muerte.

Le llevaron dos pajes hasta su cuarto y ambos fueron de parecer que le quedaban á su Ilustrísima pocos momentos de vida. Había perdido los sentidos, la voz y el conocimiento.

La pobre mona que con el mucho tiempo de estar en palacio habíale cobrado á su amo grande cariño, entró con él en el cuarto y se quedó como aturdida en un rincón, observando lo que pasaba.

Los dos pajes salieron de la alcoba episcopal, llevándose con cierto disimulo alguna cosa de sobre una mesa.

La infausta noticia corrió como un rayo por el palacio y la ciudad: el obispo agonizaba! Mas á nadie se le ocurrió que el buen prelado necesitara nada. ¡Era tan viejo ya! Por otra parte había perdido el conocimiento y estaba como un tronco, sin esperanza alguna de vida.

No obstante en el cuarto del obispo, de uno en uno, iba entrando respetuosamente multitud de gente so pretexto de verle por última vez, y nadie se marchaba sin algún recuerdo del santo varón que se moría.

No diré más sino que poco á poco lo dejaron extendido sobre las tablas de la cama: cubre cama, colchones, jergón, almohada, todo desapareció.

La mona que seguía atenta aquellas maniobras, aquellas agitadas idas y venidas, y aquel continuo rebullir, echó una mirada á todo lo de la alcoba, y viendo que no quedaba más que la mitra, se plantó de un brinco al pie de ella, miró al agonizante con cierto recelo como habían hecho los

demás, se la metió en la cabeza y huyó por la misma puerta que había dado paso á los devotos del señor obispo. Aquella salida de la mona hizo soltar una risotada tan fuerte al pobre prelado, que con el esfuerzo que hizo arrojó un hueso que se le había atragantado en la comida.

La mona sin quererlo había salvado la vida á su amo.

Y este vivió todavía algunos años, con más conocimiento de las cosas del mundo y con más motivos para aborrecerlo.

EL HOMBRE DE LA VACA

En este mundo cada cual tiene su merecido y no hay enemigo, por humilde que sea, á quien pueda despreciarse. Escuchadme con un poco de paciencia, y os convencerá de estas verdades un curioso sucedido, que no se me ha borrado de la memoria desde que me lo contaron.

Es el caso que en un lugar, cuyo nombre no recuerdo, había un honrado padre de familia que sólo tenía dos hijos: un niño y una niña. El cuento nada dice de la madre; es probable, pues, que la hubieran perdido en el punto en que empezamos nuestro relato. El niño ayudó al padre en sus faenas, hasta que fué creciendo, creciendo y haciéndose un ganapán, robusto, capaz de empuñar un fusil y servir al rey. Tocóle esta suerte al tener sus años cabales y no le quedó más remedio que ingresar en las filas, y abandonar su lugar, su padre y su hermana. Pasó el tiempo volando, llegó el término de su servicio, y con él el momento deseado de volver á ver su hogar. Pero á su padre no pudo ya abrazarle. Su hermana le contó como hacía algún tiempo que había muerto, y que por toda herencia le había dejado su única riqueza y capital, que era una vaca.

Luego preocupó al chico lo que haría de aquella vaca.

—Mejor será que la venda, dijo á su hermana.

—¡Mientras no te engañen! le respondió la chica.

—No tengas miedo; mañana me la llevo á la feria.

—¡Mientras no te engañen! iba repitiendo su hermana.

Al día siguiente, muy de mañanita, el heredero se fué á la feria con la vaca.

Unos ladrones le vieron, y por su aire parado adivinaron que era del todo novato en estas andanzas y mucho menos que listo, y pensaron que les sería empresa muy fácil apoderarse de ella.

Y en efecto, mientras dos de ellos concertaban y regateaban el precio, otro la desató y se la llevó. Cuando se volvió el chico para entregar la vaca á los dos compradores, no la vió en parte alguna.

Los dos ladrones no pudieron contener su risa y se marcharon burlándose del pobre dueño.

El muchacho preguntó por toda la feria si habían visto una vaca, así y asá, dando las señas de la que le habían robado, hasta que un mercader le dijo que en efecto había visto que se la llevaban tres ladrones hacia su guarida.

Se enteró entonces de ella, y le dijeron

que estaba lejos, muy lejos, en lo más oculto del monte, dentro de una cueva.

El heredero se volvió á su casa, y su hermana le preguntó:

—¿Con qué ya has vendido la vaca?

—No, que me la robaron, respondió el chico.

—¿Quién te la robó?

—Unos ladrones, que viven lejos de aquí, en lo más oculto del monte, dentro de una cueva; pero te juro que han de pagármela.

—¡Cuidado con que vayas allá! le dijo la chica casi llorando. ¡No vayas, que te matarían!

—No tengas miedo. Mira, búscame un vestido de señora y tráemelo; ya verás como volveré con el dinero de la vaca.

Tanto y tanto rogó y porfió, que no tuvo más remedio que complacer á su hermano y entregarle un vestido de gran dama.

Con aquel vestido se disfrazó tan bien el heredero, que nadie le hubiera conocido, y se fué, anda que andarás, hacia lo más oculto de la montaña.

Al pasar por delante de la cueva, los ladrones preguntaron, que á donde iba la

dama. Y la dama fingida les contestó que se había perdido, y como la noche se acercaba, les suplicaba que la acogiesen y le enseñasen el camino al día siguiente.

Los ladrones permitieron entrar á la fingida dama en la cueva y notificaron al capitán, que ya estaba en su cuarto, que había llegado una gran señora, y que pedía alojamiento por aquella noche.

El capitán miró por una rendija y quedó prendado de ella. Mandó que la condujeran á su cuarto, y encargó á sus camaradas que por más ruido y gritos que oyeran, no se alarmasen ni moviesen.

Una vez dentro la fingida dama, el capitán hízola sentar á su lado y estuvo conversando con ella un buen rato. Luego le dijo que se podía acostar, que él ya velaría, pero ella no quiso de ninguna manera.

Entonces el capitán le enseñó unos brazaletes de plata, y le preguntó si se los quería poner. Ella, haciéndose la inocente, contestó que no sabía lo que tenía de hacer para ponérselos, y le rogó se lo explicara bien.

Entonces, el capitán, añadió:

—Mirad, señora, se ponen las manos juntas así, y...

Cuando la fingida dama vió al capitán con las manos juntas, le dijo:

—¿Y los brazaletes se ponen así, no es verdad?

Y se los puso y cerró con tanta presteza, que en un abrir y cerrar de ojos el capitán se encontró preso. Entonces la fingida dama se apoderó de un bastón de fresno que había en un rincón del cuarto, y empezó á darle de palos con tanta furia, que cayó al suelo medio muerto, y á cada garrotazo, le decía:

—¿No me conoces? ¡Soy el hombre de la vaca! ¿No me conoces? ¡Soy el hombre de la vaca!

—¡No me mates! ¡Socorro! ¡Compañeros!

Pero á los gritos del capitán, los ladrones reían y se decían unos á otros:

—Se conoce que el capitán y la dama están de broma esta noche.

Y aquella, flist, flast, seguía repitiendo:

—¿No me conoces? ¡Soy el hombre de la vaca!

El capitán, convencido de que nadie vendría á socorrerle y todo magullado, dijo:

—Pídeme lo que quieras, pero por Dios, déjame estar.

—Quiero el dinero que valía la vaca, respondió el chico.

—Descuelga aquella llave, y abre aquella

caja; toma lo que quieras y márchate de delante.

El chico hizo todo lo que el capitán le explicó; y dentro la caja encontró muchos capazos de dinero en onzas de oro. Se llenó los bolsillos y cuando conoció que los otros ladrones dormían, se marchó.

Al llegar á su casa, encontró á su hermana muy llena de ansiedad por su suerte. En cuanto le vió le preguntó con impaciencia:

—Y bien. ¿Ya has cobrado la vaca?

—¡Pues no faltaba más! Estoy seguro que no te quejarás del precio, contestó, sacándose onzas y más onzas del bolsillo, y explicándole lo que había hecho. Después de lo cual añadió:—Pues mira; aun no se ha acabado todo. Ahora me has de traer una yegua y un vestido de médico.

Su hermana le entregó cuanto le pedía, y el se disfrazó de médico con tanto garbo, que nadie le hubiera conocido.

Montó en la yegua, y anda que andarás, de nuevo se encaminó á lo más oculto de la montaña. Al pasar por delante de la cueva, los ladrones le detienen, y le dicen:

—Señor doctor, entre usted, si gusta, que tenemos un enfermo.

—No puede ser, que me esperan.

—Entre un momento, no le detendremos mucho.

—No puede ser.

Más tanto y tanto le rogaron, que entró en la cueva, y como ya se lo figuraba, le condujeron á la cámara del capitán.

Examinóle detenidamente, y le encontró el cuerpo tan lleno de cardenales y verdugones, que su piel parecía un vestido estropeado.

—¡Oh! esto no es cosa de importancia, dijo el fingido médico: con el remedio que voy á aplicarle no se resentirá nunca más de los golpes recibidos.

Y llamando aparte á los ladrones, les dijo:

—Poned un par de planchas al fuego y traédmelas; por mucho que se queje no hagáis caso, que la cura lo trae consigo.

Los ladrones ejecutaron puntualmente lo que el doctor les mandó.

Cuando se vió á solas con el enfermo, el fingido médico tomó una plancha bien ca-

liente y comenzó á pasarla por la espalda y por la barriga del capitán.

Ya podéis pensar que gritos daría el pobre infeliz, pero á cada grito repetía el fingido doctor, con mucha sorna:

—¿No me conoces? ¡Soy el hombre de la vaca!

Y así fué planchándolo hasta dejarle sin piel y sin aliento.

Cuando le vió muerto, cogió la llave de la caja, la abrió, recogió todo el oro y plata que halló y se fué á los ladrones, diciéndoles:

—Ahora descansa; cuidado con entrar, porque esto le haría mucho daño.

Montó de nuevo en la yegua y se volvió á su casa.

LOS TRES DIABLOS

De aquí que una vez érase un zapatero, tan pobre como muchos de los personajes de nuestros cuentos, y con tantos deseos de trabajar, como falto de trabajo. El buen zapatero que no sabía estarse mano sobre mano, se desesperaba en su ociosidad forzosa, y solía exclamar á menudo con amargura: ¡Si al menos tuviese trabajo!

Un día le dijo su mujer:

—No te quejes, que tanto y tanto te podría venir que no pudieras con él.

—Eso no me apuraría, replicó el zapatero; tomaría oficiales para que me ayudasen. Cualquier cosa antes que continuar en esta miseria; aun que tuviera que pedir el trabajo al mismísimo diablo.

Nuestro pícaro enemigo que está acechando siempre la ocasión de tentarnos, y buscando nuestro flanco más débil, se hallaba entonces escuchando aquella conversación, acurrucado en un rincón de la tienda. Como es natural, en cuanto la mujer entró en la cocina, se acercó á la mesa de aquel desesperado zapatero.

—Me has llamado y aquí me tienes, le dijo:

—¿Quién eres? exclamó un poco sobresaltado.

—El demonio.

—¿Y qué quieres de mí?

—Vengo á proponerte un negocio.

—Habla.

—Tendrás tanto trabajo como quieras; todo el que tú desees; pero en cuanto lo hayas concluído has de venirte conmigo.

—La contrata no me parece mal, dijo el zapatero, pero como yo quisiera trabajar mucho, me hará falta algún oficial para ayudarme...

—¿Tendrás bastante con tres oficiales?

—Si van listos ¡ya lo creo! dijo el zapatero.

—Pues, nada, pide cuanto trabajo quieras y lo tendrás; desde mañana tú y los tres oficiales trabajaréis de firme.

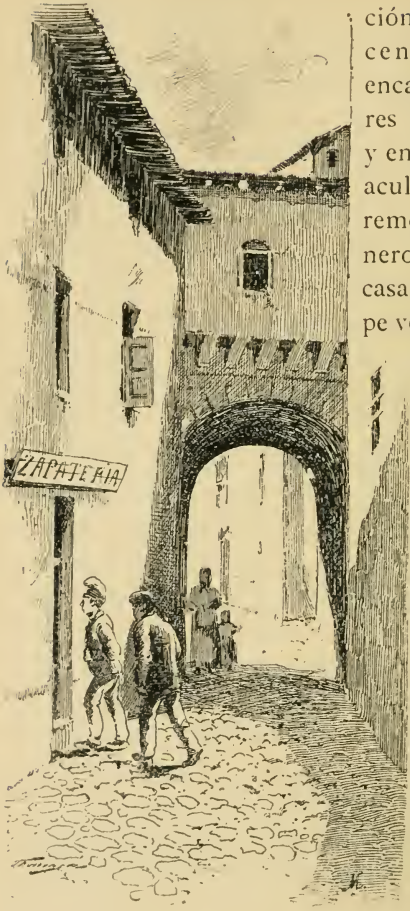
Y el diablo desapareció.

El zapatero se quedó sólo, y empezó á pensar sobre la contrata que acababa de hacer.

—¡Mientras que no sea esto una engañifa, una trapacería de aquel embustero! se dijo interiormente.

Sin embargo, á pesar de esos temores, por razones de prudencia, no quiso enterar del suceso á su mujer; no le hubiera faltado más sino que ella, parlanchina como todas, lo fuera divulgando por el barrio, y le hiciera perder la escasísima parroquia que le quedaba.

En la cena, mientras se acostaba, y luego entre sábanas, no hizo más que pensar en el trabajo que podría tener; y en su imagina-



ción le llovían á centenares los encargos de pares de calzado, y enviaba aquí y acullá grandes remesas de género, todo de su casa, y de un golpe veía la miseria concluída.

Al día siguiente se levantó con diligencia sin haber podido pegar los ojos en toda la noche. La puerta de su tienda fué la primera del vecindario en abrirse.

Sus ensueños de ambición se vieron realizados. Aquello era un continuo pedir calzado; toda la ciudad parecía que se hubiese puesto de acuerdo para ir á la tienda del pobre zapatero de la víspera.

Muy temprano se presentaron también tres oficiales, preguntándole:

—Maestro ¿no es aquí que se necesitan tres oficiales para hacer el trabajo?

—Aquí es; pero vamos por partes: ¿sois bien listos de manos? les dijo el zapatero.

Los tres se miraron riéndose, pero con una risa intencionada y burlona, que puso en guardia al amo, y respondieron á la vez:

—¡Ya lo veréis!

El zapatero pensó en sus adentros; ya os bajaré vuestro humos.

Y enseñándoles el trabajo que había por hacer, les dijo:

—Se han de despachar todos estos encargos, que corren mucha prisa; además todos esos pares de zapatos que me han pedido así que me he levantado; y cuando esté listo todo esto me despacharéis quinientos pares más que se han de mandar á fuera.

Dicho esto se metió en su escritorio muy satisfecho, pensando para sí:

—Al menos tienen tela cortada para medio año.

Y con esta idea se quedó muy tranquilo, mano sobre mano.

Al llegar la hora de almorzar se le presentaron los tres oficiales y le dijeron:

—Maestro, vamos á tomar un bocado.

—¿Y que tal el trabajo? preguntó con malicia el zapatero.

—Ya está listo. Después de almorzar volveremos.

El zapatero se quedó viendo visiones. En cuando estuvieron fuera los tres oficiales, se fué á la tienda para convencerse con sus propios ojos de lo que le habían dicho; mas ¡cual no sería su sorpresa al verlo todo listo y la labor de excelente mano. ¡No se atrevía á creer lo que tocaba con sus manos! ¡Parecía imposible!

Se fué corriendo al almacén á proveerse de género en abundancia, y cuando volvieron los oficiales les encargó mil pares más.

La mañana se le hizo pesada, terrible; su mujer veía el gran tráfico de la tienda y

aquella acumulación de género que daba espanto, y preguntó á su marido que era todo aquello y de donde le venía una ocupación tan extraordinaria.

El pobre zapatero hubo de contarle entonces de pe á pa el contrato que había hecho con el diablo, y como aquellos tres oficiales trabajaban más que su pensamiento; de manera que preveía que pronto se habría de marchar con el diablo, pues le había dado palabra de hacerlo, en cuanto se le acabase el trabajo.

—De seguro, añadió, que á la hora de comer volverán diciendo que ya están listos los mil pares que les he encargado.

—¿Te parece? dijo dudando la mujer.

—Estoy de ello más que seguro. ¿Como lo tengo de hacer desdichado de mí?

Y el pobre zapatero lloraba como un niño. Estaba convencido de que había hecho un mal negocio.

Estando en esto entraron en la tienda los tres oficiales á pedir más trabajo. Ya lo habían terminado todo, y todavía faltaba un buen rato para el medio día.

El zapatero, con el corazón oprimido por

el espanto, no acertaba á articular una sola palabra.

—¿Qué queréis? preguntó la mujer á los tres oficiales, revistiéndose de valor y resuelta á sacar del apuro á su marido.

—Más trabajo, respondieron con su habitual sonrisa sardónica, que en aquel momento revestía un aire de triunfo á la vez insolente y terrible.

—Está bien; seguidme, dijo á uno de los tres.

Y se lo llevó al patio, le señaló el pozo, le alargó una cesta redonda de las que sirven para hacer la oferta en las misas, y le dijo:

—Tén, llévala á llenar al arroyo y arroja

el agua al pozo; cuando este esté bien lleno, avísame.

Volvióse á la tienda y llamando al otro, le acompañó al mismo arroyo, le dió una piel más negra que el betún, y le dijo:

—Tén, límpiala bien hasta que se vuelva blanca como la nieve; cuando hayas despachado, avísame.

Y volvió á la tienda con su hijo menor, que no tenía aún tres meses, y dijo al tercer oficial:

—Tén, enséñale la doctrina cristiana; cuando la sepa bien, avísame:

Y dirigiéndose á su marido que estaba temblando de miedo, díjole:

—No te asustes, que á los tres he dado tarea larga.

Y así fué, pues llegada la hora de la comida, los tres oficiales no habían regresado todavía de su faena.

Y así iban pasando horas y días, hasta que el diablo viendo que no volvían sus tres mensajeros con el zapatero, comenzó á impacientarse, y se dijo para sí:

—¿Qué es lo que les habrá pasado á mis diablillos? Vayamos á verlo.

Y á los tres les halló muy ocupados trabajando de noche y de día en su penosa tarea, sin que ninguno adelantara en ella poco ni mucho.

Á los tres les preguntó el diablo:

—¿Quién os mandó que hicierais este trabajo?

—La mujer del zapatero, contestaron á una voz, y le suplicaron además, cubierto el rostro de sudor, que les relevase del compromiso de aquel trabajo, porqué no les bastaba la paciencia del cielo para llevarlo á cabo.

Y así lo hizo el diablo mayor, porqué calculó que el tiempo que perdían los tres oficiales valía más que el alma del zapatero; por lo que se desdijo del contrato.

Y desde entonces acá se dice que al diablo nadie le puede engañar, sino la mujer del zapatero.

EL LOBO Y LA OVEJA

La primavera había vuelto de nuevo á engalanar la tierra con su hermosa vestidura de eterna juventud. Dicen que el mundo celebra en esta época su cumpleaños, y que por este motivo se cubre y adereza con sus mejores galas. Los campos habían tendido por todas partes su verde alfombra; las aves ensayaban sus mejores cantos y las flores perfumaban el ambiente

con sus más gratos olores. Todo en la naturaleza respiraba vida y alegría. De este general contento participaba un rebaño de ovejas, que alegres y juguetonas, celebraban también á su manera, el regreso de la primavera. Pero su alegría no la causaba sólo el olor de las flores tan grata al olfato, ni los nuevos colores tan hermosos á la vista que reemplazaban la monótona blancura de la nieve, sino la perspectiva de los espléndidos y sabrosos pastos con que les convidaban las praderas.

Saltando y llamándose las unas á las otras, subían la montaña. Mas ¡ay! la gula es mala consejera, y sabido es que en el mundo de las ovejas no se le hacen oídos de mercader.

Las más atrevidas se encaramaban por los ribazos del camino para pegar uno que otro tirón á las cerrajas sobrantes, y después, en un par de brincos, estaban otra vez entre sus compañeras para explicarles los mil gustos que tenía aquella golosina.

Una de las cabras viejas halló un buen pedazo de hierba muy fresca y muy tierna y pensando que fuera lástima se perdiera, se puso á aprovecharla sin perder tiempo.

¡Nunca hubiera tomado tal resolución! De la nieve de un bardal salió un lobo hambriento que se fué derechito á devorarla, sin hacer cumplidos.

La oveja se vió perdida. No obstante, conociendo la glotonería de su verdugo, intentó sacar partido de ella, y así le dijo:

—Mal haces, amigo lobo, en comerme ahora que tan flaca estoy. Ya vés que no me quedan más que los huesos y el miserable pellejo que los cubre, por causa del mal invierno que he pasado. Si te pudieras aguardar un poco, no te arrepentirías de ello; porqué ahora vamos á la montaña á engordarnos. Vuelve de aquí á unos días, y ya verás cuan diferente has de hallarme, y que regalado quedarás. No dirás de mi que soy mal bo-

cado, ni menos podré decirte yo que mal provecho te haga.

El lobo meditó un ratito y engolosinado con el apetitoso plato que la víctima le ofrecía en perspectiva, se dejó convencer aunque no sin advertirle que no faltara á su palabra:

—Tienes razón, esperaré á que vuelvas; pero has de volver ¿me das palabra de ello?

—Te lo prometo: no habrás de hacer sino llamarme por mi nombre y al punto acudiré.

—¿Y como te llamas?

—La pequeña Barrada.

—Vé, dijo el lobo despidiéndose de su presa, vé, que las otras ya están lejos; no olvides que eres mía, pequeña Barrada.

No tengas miedo, le contesto la oveja, pero quedo, muy quedo, saltando el ribazo, murmuró: ¡piernas ayudadme!

* * *

La primavera y el verano habían ya pasado, y con las primeras lluvias y las primeras nieblas bajaban de la montaña gran nú-

mero de ovejas. El lobo se estaba al borde del camino, vigilando, con muchos deseos de saludar á la pequeña Barrada, á quien en su imaginación veía ya fresca, gruesa y apetitosa. Haciéndosele agua la boca, miraba los rebaños que pasaban, guardados por mastines colosales que sólo de mirar daban espanto.

El lobo pensaba: «¿Á que tantas precauciones? Si tampoco habría de tocar ninguna de estas ovejas. ¡No, ya tengo bastante con la mia!»

De pronto vió bajar un rebaño que le pareció ser el de su presa. No se equivocaba; era su pequeña Barrada, que volvía vendiendo carnes y salud. Verla y reconocerla entre todas las demás, fué una misma cosa.

y con la voz afectuosa del deseo la llamó:

—Pequeña Barrada, pequeña Barrada.

Y la oveja que le oyó, le respondió muy resuelta y con aire de triunfo:

—Bésame el pie, que estoy con el rebaño.

LOS TRES DONES DE SAN PEDRO

Había una vez un hombre muy pobre, tan extremadamente pobre, que muy á menudo no tenía más comida que la que le llovía del cielo. En la época en que tomamos nuestro cuento, sólo contaba con un hijo, rapaz ya de doce años, pero indolente, tonto é inútil para todo. El tal muchacho era para él más un estorbo que un consuelo.

Con este hijo vivía el buen hombre en una vieja casucha, más hé aquí que un día arreció el hambre en toda la comarca y no quedándole otro remedio pensó en abandonar aquella tierra que hasta el sustento le negaba. Tomada esta resolución llamó á su hijo, y se despidió de él de esta suerte:

—Mira chico, le dijo, con las lágrimas en los ojos; aquí no podemos vivir. No nos queda otro recurso que correr mundo y poner en Dios nuestra confianza. Yo me iré por un lado y tú por otro, y como esto no ha de durar siempre, quizás venga el día en que esta miseria tan espantosa tenga fin, y en que podamos volver á nuestra pobre casita. Dios nos asista y te bendiga, hijo mío.

Aquel mismo día se separaron uno de otro, y cada cual tiró por su lado.

Cuando el chico se encontró sólo, andando por un desierto erial, tan grande fué la tristeza que de él se apoderó, que se sentó en el suelo y se puso á llorar á lágrima tendida.

Caía ya la tarde; se venía la noche, y encontrándose tan abandonado, le cogió mie-

do. ¿Dónde iré á pedir alojamiento? pensaba el infeliz. Por todos lados estaba desierto.

Fijó los ojos en el suelo y echó de ver que había allí tres habas secas.

Las cogió, y de regreso á la casucha que poco há había abandonado, se iba diciendo:

—¡Qué son tres habas para matar el hambre!

Mas cuando tenía ya á la vista su casa, se le ocurrió que aquellas tres habas plantadas en buen sitio, darían muchas habas más, y que vueltas á plantar llenarían todo un campo, y que con ellas podrían saciarse él y su padre y que aun quedarían con que regalar á los vecinos hambrientos.

Recreándose con tan gratos pensamientos llegó á su mísera vivienda, abierta á pico en un ribazo, y sólo con pared de ladrillo en la fachada. En el techo, al mismo nivel del campo, había un agujero que servía de chimenea cuando en el hogar se encendía lumbre.

El rapaz subió al tejado y escondió las tres habas junto á la chimenea. Después entró en la casucha para dormir ya que no podía comer.

¿Cuánto tiempo durmió? No lo pudo saber; pero cuando se despertó le daba en la cara un tibio rayo de sol que entraba por una rendija del techo.

Se levantó y acordóse en seguida de que tenía apetito.

Salió de la casucha y pensando en las tres habas dirigió la vista al tejado.

¡El pobre muchacho se quedó sorprendido y con razón sobrada! En el tejado se veían tres habas altas, altas hasta el cielo, verdes y ufanosas.

No cabía dudar de lo que sus ojos veían. Mientras él dormía las tres habas se habían desarrollado de aquel modo, y quien sabe si florecido y hasta dado fruto.

El rapaz resolvió ir á verlo. Examinó la primera haba que halló y no encontró, ni flor ni fruto; sólo sí hojas y ramas.

Sacudió el tronco y no pudo hacerlo mover; era duro y fuerte como el de un árbol. En vista de esto se encaramó por las ramas, que estaban dispuestas en forma de escalera.

Y se fué encaramando hacia arriba, hacia arriba siempre, sin que en parte alguna lograra ver ni flor ni fruto.

Tan alto subió que llegó hasta el mismo cielo. No le costó gran esfuerzo reconocer sus blancas puertas con sus aldabas de oro fino y reluciente. Llamó, pues, á ellas y le salió á abrir un viejecito, que el rapaz creyó ser san Pedro.

—¿Qué quieres, niño? le preguntó.

—Quisiera algo para hacerme pasar la gana, pues me estoy muriendo de hambre.

El viejo se volvió adentro, y al poco rato salió con unos manteles doblados debajo del brazo, que entregó al chico, diciéndole:

—Toma; cuando tengas gana, dí: «Manteles, desplegaos y buena comida», y nunca te faltará un buen bocado para matar el hambre.

Tomó el chico los manteles y volvió otra vez á bajarse por el haba.

Ya era rico.

Se metió en su casa, y con grandísimo contento puso los manteles en el suelo diciendo al propio tiempo:

—«Manteles, desplegaos y buena comida».

Y de seguida se desplegaron los manteles y empezaron á salir platos y más platos, excelentes todos, buen pan y buen vino, y de

todo comió en abundancia hasta que quedó bien repleto. Satisfecha el hambre pensó que no le sentaba bien andar tan andrajoso y resolvió ir á la feria.

No llevaba encima un céntimo, pero tenía los manteles y esperaba encontrar algún mercader que á cuenta de un buen convite le diera buena ropa.

Se fué al mesón del pueblo y dijo á la mesonera.

—Buena mujer ¿tendríais la bondad de guardarme estos manteles hasta que vuelva?

—De muy buena gana. Déjalos aquí.

—Sobre todo no digáis: «Manteles, desplegaos y buena comida».

—No tengas cuidado: no te disgustaré por tan poca cosa.

El muchacho, que no cabía en sí de gozo, se fué á la feria. Pero á la mesonera en cuanto estuvo sola le picó la curiosidad de averiguar que eran aquellos misteriosos manteles. Observólos y nada de particular vió en ellos. Entonces pensó en la advertencia que le había hecho el rapaz, y con todo y haber prometido no pronunciar las palabras que el chico le había dicho, no

pudo resistir la tentación de la curiosidad, y se dijo:

—¡Qué diantre! el chico no lo sabrá. «Manteles, desplegaos y buena comida».

Y los manteles se desplegaron y, como

anteriormente, salieron abundantes y exquisitos platos.

En cuanto el rapaz regresó al mesón, con un mercader, para hacer delante de él la prueba de proporcionarle una buena comida en cambio de un traje nuevo, pidió los manteles á la dueña, pero ésta se guardó bien de dárselos y en su lugar le entregó otros. Para una mesonera era aquello una alhaja á pedir de boca.

Y claro está; por más que el rapaz repetía delante los manteles: «Manteles, desplegaos y buena comida», ellos permanecían tan plegaditos como de costumbre. El mercader se burló de él y buena suerte tuvo el rapaz de tropezar con un hombre de mansa condición, que no le llevó á casa el alcalde, para denunciar sus embustes y trapacerías.

El chico con los manteles bajo el brazo se volvió á su casa lloriqueando. Creía de veras que los manteles habían perdido la virtud que san Pedro les había dado.

Al estar frente su casa, observó que se había secado una de las habas y había caído; las otras dos, empero, continuaban verdes y ufanas.

El rapaz se encaramó como la vez primera por la segunda haba, arriba, arriba siempre, hasta llegar al cielo. Cuando estuvo en él llamó á las puertas blancas con la consabida aldaba de oro fino.

San Pedro la abrió y preguntó:

—¿Qué quieres, niño?

—Iba á la feria para comprarme un vestido, porque éste está muy andrajoso; ya lo veis...

Sin dejarle decir nada más, volvióse adentro san Pedro y salió al poco rato con una bolsa en la mano.

—Toma, le dijo, cuando necesites dinero, dí: «Bolsa y dinero».

El chico cogió la bolsa y otra vez volvió á bajar por el tronco del haba. Y se volvió á la feria después de haber probado la virtud de la bolsa.

Pero como en la feria hay muchos ladrones, tuvo miedo de que se la robasen. Se fué, pues, al mismo mesón y dijo á la mesonera:

—¡Hola! buena mujer ¿me guardaríais esta bolsa hasta que vuelva?

—¡Pues no la he de guardar! Déjala aquí muchacho, sin cuidado alguno.

—Sobre todo no digáis: «Bolsa y dinero».

—No temas. Vete tranquilo.

El inocente muchacho se fué á comprar un vestido nuevo que pagó con el dinero que había sacado de la bolsa en su casa, y bien vestido regresó al mesón.

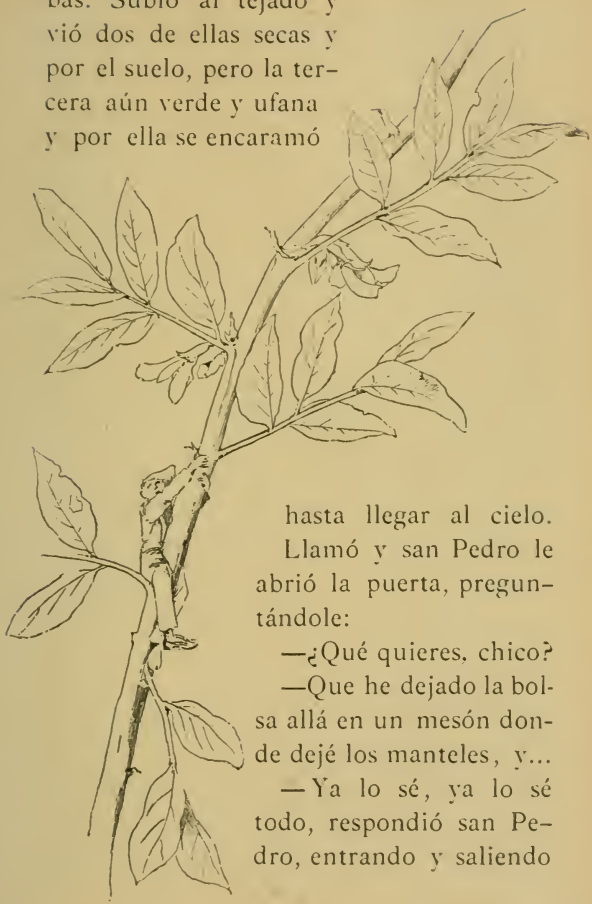
Mas no bien hubo vuelto la espalda, cuando la mesonera, tan curiosa como todas las mujeres, entró en deseos de averiguar el porqué de aquella prohibición, pensando que la bolsa sería un talismán tan precioso como los manteles. Y no se equivocó, pues en cuanto exclamó «Bolsa y dinero», comenzaron á salir doblones de ella, de modo que en poco tiempo logró ver más oro que en toda su vida.

Por esto cuando el rapaz se la pidió, se guardó bien de darle la misma bolsa, y en su lugar le dió otra cualquiera.

Al pobre muchacho le pasó ahora lo propio que con los manteles. Quiso pagar sus deudas con la bolsa y observó que de ella no salía una blanca. Casi estuvo á punto de desconfiar de san Pedro.

Volvióse á su casa llorando, y al entrar en ella pensó que todavía le quedaban ha-

bas. Subió al tejado y vió dos de ellas secas y por el suelo, pero la tercera aún verde y ufana y por ella se encaramó



hasta llegar al cielo.

Llamó y san Pedro le abrió la puerta, preguntándole:

—¿Qué quieres, chico?

—Que he dejado la bolsa allá en un mesón donde dejé los manteles, y...

—Ya lo sé, ya lo sé todo, respondió san Pedro, entrando y saliendo

al poco rato con una vara. Toma, añadió, dí: «Vara manéjate» y la vara cumplirá su misión cuando alguien te haga alguna injusticia.

El muchacho tomó la vara y se bajó otra vez por donde había subido. Al estar en su casa, quiso probar la vara, y al decir: «Vara manéjate», la vara se levantó y empezó á dar á derecha é izquierda varapalos de ciego. Cogióla, muy satisfecho y por tercera vez salió de su casa.

Entró en el consabido mesón donde tan malas partidas le habían jugado, y preguntó á la dueña:

—¿Me guardaríais esta vara hasta mi vuelta?

—¡Pues no la he de guardar! Déjala aquí muchacho.

—Sobre todo no le digáis: «Vara manéjate».

—Nada temas. Vete tranquilo.

Pero así que el rapaz estuvo fuera, la mesonera acordándose de su buena fortuna, quiso probar la virtud de aquellas palabras, y dijo: «Vara manéjate».

En seguida se levantó la vara y cayendo

sobre la espalda de la mesonera empezó á darle sendos varapalos.

La mujer desesperada ponía el grito en el cielo, y á sus voces acudió también el marido.

—¿Qué es esto? le preguntó.

Y la vara se puso á saltar de la espalda del uno á la de la otra, sin parar un momento. En vano ambos se arrastraban por los suelos, se escapaban, se escondían por los rincones; la vara llegaba por todas partes sin tener de ellos piedad alguna.

Al llegar el chico se quedó admirado al contemplar aquel desorden.

—¡Por amor de Dios! le dijo la mesonera, quitadnos esta vara de encima.

—¿Es decir, que habéis caído en la tentación de pronunciar las palabras aquellas? preguntó el chico.

—Perdóname, suplicó la mesonera.

—¿Y lo mismo hicísteis con la bolsa y lo mismo con los manteles?

—¡Perdón!

—No os perdono sino me devolvéis los manteles y la bolsa.

—Yo te prometo devolvértelos al momento, dijo la mesonera.

Entonces la vara obedeció á la voz del rapaz, que de esta suerte recuperó los manteles y la bolsa, no sin haberlos probado, para quedar convencido de que conservaban todavía la virtud que les había dado san Pedro.

Y mas contento que nunca se volvió á su casa con los tres ricos dones celestiales.

Allí esperó á su padre que regresó al poco tiempo, sabiendo que el hambre había desaparecido de la comarca, gracias al ingenio de aquel muchacho, á quien dejara por tonto é indolente. En efecto, á su lado nadie lo pasaba mal.

Y por esto ni su padre ni él padecieron más privaciones, sino que fueron felices todo el resto de su vida.

Y aún que la tercera haba se secó como las otras, ni al padre ni al hijo les faltó el cielo después de su muerte.

CAMINO DEL MOLINO

La madre de un muchacho muy tonto encontrándose un día sin harina, mostrándole un saco de trigo, le dijo:

—¡Si al menos supieras ir al molino!

—¡Vaya si sabré ir!

—Pues, anda, vé.

—¿Y al llegar al molino que diré?

—Dí al molinero que hay una cuartera y tres cuartanes de trigo para hacer harina.

—¡Todo será que me acuerde!

No te apures por eso; durante el camino no ceses de decir siempre; una cuartera y tres cuartanes. ¿Lo oyes?

El muchacho, se cargó el saco al cuello y se fué al molino, repitiendo entre dientes lo que su madre le había dicho. Cuando estuvo un poco distante, vió que estaban trillando en una era. El chico se quedó parado y dejando el saco al suelo, fué en busca de un poco de sombra, para mirar más á sus anchas como trillaban, repitiendo siempre:

—¡Una cuartera y tres cuartanes!... ¡Una cuartera y tres cuartanes!...

—¿Qué es lo que dice este rapaz? exclamó un trillador.

Los otros se acercaron á escucharle, y pensando que lo decía por su parva, le dijeron:

—Has de decir mucho más que esto.

—¿Dónde vas á parar con una cuartera?

Y para hacerle cambiar de parecer no faltó quien le pegara un tirón de orejas.

—Pues ¿que hé de decir? preguntó el muchacho casi llorando.

—¡Qué salgan muchas! le respondieron los de la era.

El rapaz volvió á cargarse el saco al cuello y se puso de nuevo en camino, diciendo: ¡Qué salgan muchas! ¡qué salgan muchas!...

En esto llegó á un sitio en que se agolpaba un numeroso gentío. Era que sacaban un muerto de una casa, y como el muchacho no había visto nunca un entierro, se detuvo ante la puerta de aquella, poniendo el saco al suelo y repitiendo lo que los trilladores le habían mandado que dijese.

Uno que le oyó, dijo al *heréu* de la casa:

—¡Mirad que dice este rapaz!

—¿Qué dice?

—¡Qué salgan muchas!

—¡Gran pillastre! ¡Ya te arreglaré yo!

Decir esto y sentirse apaleado el muchacho, todo fué obra de un abrir y cerrar de ojos. El pobre rapaz exclamó llorando:

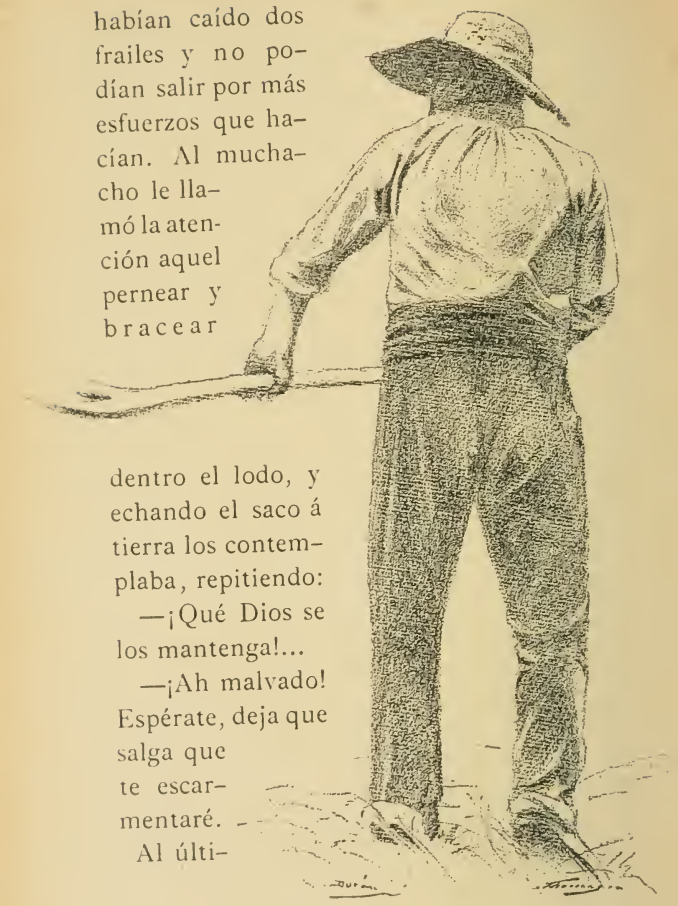
—Pues ¿que hé de decir?

—¡Que Dios se los mantenga!

Otra vez con el saco al hombro y bien apaleado, se puso de nuevo en camino, repitiendo lo que el *heréu* de aquella casa le había dicho.

Mas hé aquí que al estar fuera del pueblo pasó por un lodazal muy grande, en donde

habían caído dos frailes y no podían salir por más esfuerzos que hacían. Al muchacho le llamó la atención aquel pernear y bracear



dentro el lodo, y echando el saco á tierra los contemplaba, repitiendo:

—¡Qué Dios se los mantenga!...

—¡Ah malvado! Espérate, deja que salga que te escarmentaré.

Al últi-

mo, uno de los frailes pudo escaparse del lodazal y lo primero que hizo fué estirar un palmo las orejas del muchacho, que exclamó gimiendo:

—Pues ¿qué he de decir?

—Así como ha salido el uno que salga el otro.

—Así lo hizo, cambió de estribillo y continuó su desdichado camino, tan lleno de tropiezos, hacia el molino, á donde por fin llegó. El molinero aquel día estaba de mal humor y con motivo: había tenido la desgracia de perder un ojo, que le saltó con una astilla arreglando las muelas del molino.

El estúpido muchacho al verle, y no acordándose ya de lo que su madre le había dicho, se puso á repetir lo que le había mandado el fraile:

—Así como ha salido el uno que salga el otro.

Pronto perdió la paciencia el molinero; y sin encomendarse á Dios ni al diablo cogió la pala y se la rompió por la espalda.

El muchacho se escapó dejando el saco al suelo, y en llegando á su casa dijo á su

madre que por nada del mundo volvería á buscar la harina al molino, porqué le habían pasado cosas muy gordas.

Y no se sabe si le convencieron de que no volviera nunca más á hacer el bausán.

EL BUEN ALCALDE

ERASE un viudo, cargado de chiquillos, y ya os podéis imaginar, que su hacienda no alcanzaba ni de mucho á satisfacer sus necesidades. No tenía sino un campo y aun éste no podía sembrarlo por falta de semillas.

En tal situación se hallaba, cuando dió la casualidad de que pasara un día por sus tierras un señor muy rico quien, al verlas improductivas, le preguntó:

—¿Por qué no siembras este campo?

—Mi señor; porqué no tengo semillas ni dinero para comprarlas.

—Pues, si quieres, podrás sembrar habas: yo te daré la semilla, pero con la condición de que nos partiremos á medias la cosecha.

Aceptó de mil amores el pobre hombre tales condiciones, y sembró el campo de habas con la semilla que le dió aquel rico caballero.

No se descuidó éste, sino que en cuanto estuvo sembrado el campo, comenzó hacerle frecuentes visitas para ver si las semillas germinaban.

Un día, cuando las habas habían nacido y tenían ya brotes tiernos, vió á los chiqui-

llos del pobre, en el campo, que los cogían y se los comían.

—¡Fuera de aquí! les dijo, no quiero que toquéis ninguna hoja.

—Mi señor, dijo el mayor de los hijos, tenemos gana y no hay nada en casa para comer.

—Buscad otra cosa. Y á vuestro padre decidle que se disponga á comparecer ante el alcalde, porque ha faltado al contrato. Harto sabe él que tenemos las habas á medias.

Y al otro día se presentó el señor rico, montado en una buena mula, para llevarse al pobre hombre y acompañarle ante el alcalde.

En vano hizo éste todo lo posible para excusar á los chiquillos; nada le valió, y no tuvo más remedio que seguir al señor rico hasta casa del alcalde.

—Ya ves que has faltado al contrato le decía. ¿Qué fruto han de dar las habas sin hojas? De esta suerte resultará que toda la cosecha te la habrás llevado tú y yo habré perdido la semilla que he puesto.

El pobre hombre seguía á pie su camino,

detrás del señor rico, muerto de miedo, temeroso de que el alcalde hallaría que sobraba la razón al que le había dado la semilla.

Andando, andando, encontraron á unos arrieros que montados en muy buenas mulas, guiaban unos borricos cargados de mercancías.

Hé aquí que al tropezar con ellos uno de los asnos resbaló y cayó; y como llevaba tanta carga no podía levantarse.

El arriero pidió al señor rico que bajase de su mula y le ayudase á levantar su asno, á lo que aquel respondió sin querer apearse:

—Mira; ahí detrás viene uno que me acompaña; el te ayudará.

El arriero se dirigió entonces al pobre hombre que venía detrás, con la misma petición.

—No te apures, le añadió: yo lo cogeré por la cabeza, tú por la cola y en un santiamén lo tendremos levantado.

El buen hombre no se hizo de rogar, y arriero y él se pusieron á la obra. Pero hé aquí que á los dos tirones se le quedó la cola del asno entre sus manos.

—¡Pero que diantre has hecho, zopenco! exclamó el arriero. Págame lo que vale el

borrico, porqué sin cola no lo quiero. Nadie más que tú se la ha arrancado.

—¡Pero, si no tengo un maravedís! ¡Si no fué esa mi intención! le replicaba el pobre hombre confuso.

—Pues te llevaré delante del alcalde á ver como sales del paso. Y el arriero volvió á montar en su mula y junto con el señor rico, se dirigió á casa del alcalde. El desdichado viudo seguía á pie detrás de ellos, é iba pensando en su desgracia, considerándose del todo perdido. Estaba acusado por dos pode-

rosos á quienes en apariencia no faltaba su poco de razón, y como no tenía ni un ochavo, habría de pagar forzosamente con la cárcel ó con la horca. Y el pobre se desesperaba, llegando hasta á olvidarse de sus hijos. Pasaba á la sazón por un risco altísimo y escarpado, y juzgando llegado el momento de acabar de una vez con tanta desdicha y con la mala fortuna que de toda su vida le persiguía determinó arrojarse al precipicio. Pensarlo y ejecutarlo, todo fué obra de un momento.

Pero debajo del risco pasaban dos frailes que iban de caza, y el pobre hombre cayó sobre el más gordo y lo reventó. Ciego de ira el compañero del fraile, se arrojó sobre él, y con una cuerda le ató tan fuertemente como pudo, para que no se le escapara. Mientras le ataba, le decía:

—¡Ah, malvado! No cuentes con soltarte. Has muerto á mi buen amigo, y tú también morirás. Vamos á ver al alcalde.

Montó en su mula y muy pronto alcanzó al rico caballero y al arriero, y los tres seguidos de aquel varón de desdichas, atado como un Cristo, llegaron á casa del alcalde.

El alcalde era hombre serio y riguroso, pero que tenía también mucha fama de justiciero.

Los cuatro nuevamente llegados tomaron sitio en la antesala para aguardar turno, pues era aquel, día de mucha audiencia.

Los tres acusadores hablaban entre ellos con un aire de satisfacción y con cierta desapiadada calma, que helaba la sangre del pobre hombre, el cual se quedó acurrucado en un rincón, sintiendo como su corazón le palpitaba con violencia.

—¡Desdichado de mi! decíase en sus adentros. Por lo primero de que se me acusa, no me escapo de una buena azotaina. Mi segundo tropiezo me valdrá al menos el tormento, y por el tercero tengo merecida y bien merecida la horca.

Y el infeliz, sudaba á mares, presa de mortal angustia.

Al último el portero les hizo entrar. Habíales llegado ya el turno de comparecer delante del alcalde.

Entraron, pues, los cuatro. El caballero, el arriero y el fraile, se sentaron á una señal del alcalde en el banco de la acusación, al lado de la mesa: el pobre hombre se sentó en el banquillo del acusado delante del estrado.

El alcalde estaba serio, muy serio; el acusado le miró y su corazón le latió como el galopar de un caballo.

—Que digan uno á uno sus quejas los acusadores, dijo el alcalde.

Habló primero el señor rico:

—Con este tunante habíamos hecho un contrato; yo le propuse proporcionarle gratuítamente semilla para que pudiese sembrar habas, con la condición de partirnos la cosecha. Las sembró; más hé aquí que hace pocos días, sorprendí á sus hijos que con el mayor descaro se estaban comiendo las hojas de las habas, las cuales como es natural, sin hojas no podrán dar fruto.

El alcalde preguntó al infeliz acusado, pero este no se atrevió á decir ni una palabra.

—Está bien, dijo, después de un rato de reflexionar. Vuestra reclamación es justa. Vos, añadió, dirigiéndose al pobre hombre, os guardaréis de tocar ninguna hoja más; toda vez que el señor las quiere, suyas son; y como el contrato era á medias quedaos vos las habas. Marchaos.

El señor rico se marchó muy incomodado, y al contar el suceso en la antesala, no faltó quien le dijera:

—Y pues, ¿quién os hacía reclamar las hojas, si no las queríais?

El alcalde concedió la palabra al arriero, que dijo:

—Iba por mi camino, cuando en hora mala topé con un caballero montado en su mula y con éste que aqui está. Tropezó mi borrico con ellos, y como iba muy cargado no pudo levantarse. Tratamos de alzarle, yo tirando por la cabeza, y este hombre por la cola, y tanto la tiró el bárbaro, que se quedó con ella entre las manos. Ya vé, señor alcalde, que no es justo que me quede con un borrico sin cola.

El acusado tampoco contestó. Mas el alcalde reflexionó un poco, y dijo:

—Esto no sería justo, es verdad. Que se lleve el acusado el borrico y lo guarde hasta que vuelva á tener la cola como antes. Marchaos.

El arriero salió murmurando y, como el otro, contó su caso á los que estaban aguardando. Y como al otro no le faltó también quien le dijera:

—Es claro. ¿Quién os hacía reclamar la cola del borrico?

Quedaba nada más que el fraile. Con el permiso del alcalde formuló de esta suerte su acusación:

—Íbamos de caza yo y mi compañero, un hombre lleno de salud y de vida. Pasábamos bajo de un risco muy alto, cuando hé aquí que este infame saltó desde arriba y se dejó caer sobre mi compañero, y lo aplastó, dejándole muerto allí mismo. Ya veis, señor alcalde, que una muerte así pide justicia.

—En efecto, dijo el alcalde después de otro rato de meditación. Justo es que á todo hombre se le dé igual trato que el que dá á

sus semejantes. Que se ponga el acusado debajo del risco, y vos dejaos caer sobre él y aplastadlo. Marchaos.

El fraile salió sin detenerse en ninguna parte. Iba aprisa, aprisa, decidido á no ejecutar la sentencia del alcalde.

Al quedar solo el acusado, viendo el alcalde que no se movía del banquillo, le dijo:

—Buen hombre, ya os podéis marchar; estáis despachado.

—Señor, muchas gracias, respondió vivamente conmovido.

—No tenéis que darlas, id en buen hora. No hago sino cumplir con mi deber; doy á cada uno lo que es suyo. Desgraciado el día en que los ricos posean el dinero que son los bienes de la tierra y la razon que es el don del cielo. Rogad á Dios por los que hemos de juzgar, y sobre todo insistid en aquella plega-

ría: *No nos dejes caer en la tentación.* Id en nombre de Dios.

Y mientras salía el pobre hombre de la audiencia, oyó la voz del inflexible alcalde que decía:

—Que pase otro.

EL HUERCO

DESDE muy niño sentía como una especie de repulsión, entre espanto y melancolía, al pasar por delante de la iglesia de mi pueblo, y esta sensación me empezaba ya al entrar en la Sagrera, pero iba aumentando por grados hasta hallarme en medio de aquel cuadrado regular y raquítico que el pueblo bautiza pomposamente con el nombre de plaza.

La iglesia con su gran masa de piedra que se alza muda proyectando su negra sombra hasta las mismas casas de enfrente, deja al caer de la tarde sumida en tinieblas la pequeña plaza, y á su lado la negra reja y la cerca baja del cementerio imponen y aun obligan á los que por allí pasan, á bajar la voz y hasta á callar del todo, para dedicar un recuerdo á los que reposan al otro lado de ellas.

Mas no todo el mundo es del mismo modo; hay gentes dispuestas siempre á desafiar lo más santo y respetable y á hacer gala de su impiedad.

Y á propósito de esto corre entre el pueblo, de padres á hijos, una tradición que he oído contar á mi buena abuela, al pasar por la Sagrera.

* * *

Era ya media noche y todavía la juventud más ligera corría por los alrededores del pueblo, metiendo bulla y algazara, como

si quisiera mostrar que no le asustaban ni los fantasmas, ni los fuegos fatuos, ni las consejas de aparecidos.

Acertó á pasar la tropa juvenil por delante de las tapias del cementerio, y lejos de disminuir sus cantos y risotadas, fueron en aumento, como en son de desafío al natural temor y respeto que á todo mortal, aquel lugar de reposo inspira.

Arrumbado junto á la verja del cementerio se veía el huerco ó por otro nombre las andas que sirven habitualmente en los pue-

blos para enterrar los muertos, las cuales aguardaban tal vez allí á que se hiciese de día para ir á buscar á alguien y llevarle al mismo lugar donde reposaban sus amigos y parientes difuntos, abrigándole con el acostumbrado paño negro galoneado de oro.

No faltó entre aquellos atolondrados quien echó de ver las andas en cuestión y propuso en broma llevárselas; pero uno de la comitiva se opuso á ello, alegando no el sacrilegio que cometerían, sino el que no sabrían que hacer luego de ellas.

—No te apures por tan poca cosa, dijo uno. Las dejaremos en cualquier parte.

—Las arrojaremos al Vivero, repuso otro.

—Ó al molino de la Rosa, añadió un tercero.

—Y que las vayan á buscar allí, saltó un nuevo interlocutor.

Y juntando á las palabras los hechos, tomaron el fúnebre huerco y lo pusieron en el suelo.

Todavía no les pareció bastante gorda la broma y la profanación. Y así hubo quien propuso á sus compañeros hacer el muerto, tendido sobre el huerco, y que le llevasen

..un hombre tendido que no se movía:...

Véase pág. 137

unos y le acompañasen los demás con la mayor gravedad, como en un entierro; proposición que fué recibida por todos con entusiasmo.

Otro—ó quizás el mismo diablo en persona se los proporcionaría—se sacó del bolsillo algunos cirios ya estrenados y los repartió encendidos entre sus compañeros. Y de esta suerte improvisando un extraño y grotesco cortejo fúnebre, se dirigieron al *Camino de Abajo*.

Al llegar al *Corredor* ya hubieran retrocedido, pero el querer pasar todos por valientes les hizo seguir adelante en su resolución.

El *Corredor* es una especie de pasaje ó camino cubierto, que de día es bastante obscuro, pero de noche como boca de lobo.

Á medida que avanzaban, el resplandor de los cirios iba abriéndose paso por entre la obscuridad y se hacía más vivo, cosa que todos hallaron muy natural, por lo reducido del espacio en que las luces brillaban.

La fiesta y la algazara duraban todavía cuando de pronto los de detrás dejaron de

reir y quedaron callados, sin que los de delante hicieran de ello el menor caso.

Apenas se hallaban á medio *Corredor* cuando notaron los de delante que el peso se iba haciendo mayor, y esta observación hecha en alta voz, no obtuvo respuesta de los de detrás.

Se volvieron para reirse juntos de la nueva broma de hacer el muerto; mas de pronto la sangre se les quedó helada en las venas. Á cada lado habían visto un hombre abrigado con una mortaja blanca que le caía encima la cara, con una antorcha encendida en la mano.

Abandonaron horrorizados el huerco en tierra, y apretaron á correr, dejando sólo al amigo encargado de hacer el muerto y no cuidándose cada cual más que de sí mismo y de poner los pies en polvorosa.

* * *

Al día siguiente las primeras viejas que acudieron á la iglesia no observaron que hubiera pasado nada de particular. Las

andas mortuorias estaban arrumbadas aún junto á la verja del cementerio, aguardando que los sepultureros se levantaran para ir á buscar algún difunto.

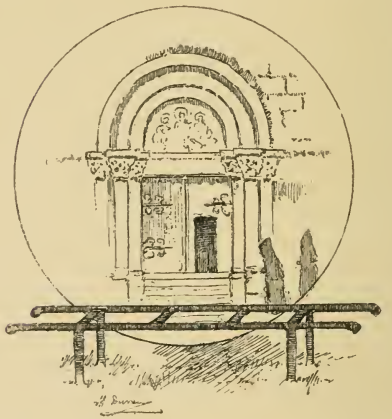
Pero al salir de misa la gente que para acortar el camino pasaba por *Abajo*, halló en medio del *Corredor* un hombre tendido que no se movía; acercáronse y al tocarlo le hallaron frío y helado. Todos le reconocieron: era uno de aquellos mozos de buen humor, que tanta algazara metieron en el pueblo la noche antes, á quien suponían había sobrecogido la muerte repentinamente en aquel sitio.

Pero la causa de ella, no tardaron en divulgarla por el pueblo los otros jóvenes que al cabo de ocho días pudieron dejar la cama, no bien repuestos aún del espanto de aquella noche horrible.

«Es que—me decía mi abuela—los difuntos suelen levantarse de su lugar de reposo para castigar de un modo espantoso á los que pasando por delante del cementerio se muestran indiferentes ó hacen mofa de la muerte.

»Por esto, hijo mío,—solía añadir cuando

se encontraba delante del cementerio—recemos un Padre nuestro y un Ave María para que nuestros difuntos hermanos gocen el descanso eterno.»



El hijo del Diablo.

UNA vez éranse un marido y mujer muy pobres. Para colmo de desdicha murióseles el hijo único que tenían, y en el cual habían puesto todas las ilusiones, y como que tan pobres eran, el marido dijo á su esposa:

—Lo mejor será que críes otro chiquillo.

No lo pensaron mucho tiempo; la necesidad les presentaba esta resolución como

único remedio; y sin más cavilaciones, con su pobre hatillo al cuello, se fueron por esos mundos de Dios, en busca de un niño que criar. De pueblo en pueblo lo anduvieron buscando, pero sin encontrar nunca lo que deseaban. La mujer todo era repetir al marido:

—Volvámonos á casa que la leche se me va retirando, y dejemos nuestro intento, ya que esa es la voluntad de Dios.

Y tanto y tanto le importunó que al cabo nuestro hombre incomodado hubo de decirle:

—Es inútil cuanto hagas por convencerme. ¡Criarás aunque sea al hijo del diablo!

No había acabado de proferir estas palabras cuando he aquí que á los pocos pasos se les presenta un desconocido caballero que les sale al encuentro, diciéndoles:

—¿Sois vosotros acaso los que ha poco buscabais un niño para criar?

—Sí, señor; respondió muy dispuesto el marido.

—¿Me criaríais este hijo mío, pagando, por supuesto, lo debido?

—¡De mil amores!

Hicieron el trato: el señor se enteró del pueblo del marido del ama, y ésta tomó el chiquito con el hatillo correspondiente. Se convino en que la cría se había de pagar por meses vencidos.

El desconocido caballero se despidió de entrambos y ellos muy contentos se volvieron á su casa.

Á fin de mes, al levantarse, aquel pobre matrimonio encontró sobre el cofre de la ropa un paquetito envuelto; lo desató y vió que contenía en dineros justos y cabales el precio convenido de la cría.

Marido y mujer se miraron asombrados, no sin preguntar el primero á la segunda:

—Díme ¿sabes tú si por acaso vino el señorito ayer á ver el chiquillo?

—Lo que es yo no le ví.

—Ya comprendo; hubo de ve-

nir cuando estabamos fuera, yo á mi jornal y tu á hacer leña.

Al fin del segundo mes, al levantarse, otra vez volvieron á encontrarse con el dinero de la cría envuelto en un papel, colocado encima del cofre de la ropa, en la misma forma que el mes anterior.

—¡Válgame Dios! exclamó la mujer: ¿pero que es esto? lo que es ahora, no tengo presente que ayer me moviera de casa. Bien cierta estoy de ello.

—Tal vez no lo recuerdes bien, replicó el marido.

La mujer empeñada en averiguar lo que aquello era, determinó no salir de casa en todo el día, ni aún para las atenciones más indispensables, al llegar los últimos del mes.

Mas cual no sería su asombro cuando al terminar el tercero, volvió á encontrarse otra vez, con el consabido precio de la cría, sobre el mismo cofre, envuelto con igual cuidado, y sin saber como ni por donde había venido.

—Que me degüellen aquí mismo, exclamó, si me he movido de casa en todo ayer.

¡Esto no puede ser otra cosa que arte de brujería!

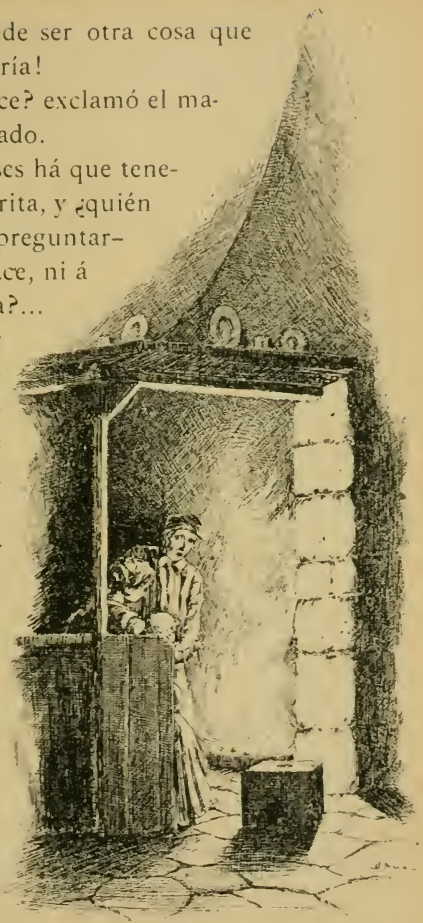
—¿Te parece? exclamó el marido horrorizado.

—Tres meses há que tenemos la criaturita, y ¿quién ha venido á preguntarnos lo que hace, ni á decirnos nada?...

—Es muy cierto lo que dices. Pero no se puede negar que la cría la pagan con toda puntualidad.

—Bien ¿pero quién la paga?

—¡Que sé yo! de seguro aquel mismo señor, el padre del niño.



—Pero y ¿quién es el padre del niño? ¿Quién es aquel señor?

—No puedo decirlo, respondió el marido turbado.

—¡Ay, pobres de nosotros! exclamó el ama deshecha en llanto. ¡Quién será este señor! ¿Y porqué no habíamos de habérselo preguntado?

—¡Sea quien quiera! ¿No pagan bien? interrumpió el marido que no quería dejarse ganar por las reflexiones de su mujer.

—¿Y si fuese algo malo? insinuó el ama.

—¡Bah, bah! ¿Pero que mala cosa quieres que sea?

—¿Y si fuese el diablo? Tú me dijiste que yo había de criar, aunque fuese el mismo hijo del diablo. ¿Te acuerdas?

—No te lo negaré: más que quieres que te diga... No lo creo.

Lo extraño del caso no consistía sólo en la manera de cobrar la cría, sino en la misma criatura.

Mamaba muy bien, andaba muy satisfecho, pero por caricias que se le hicieran nunca reía, ni aun cuando dormía. Tam-

poco lloraba nunca; todavía estaban ayunos de saber que voz tenía.

—Quizás sea mudo, decía el marido.

—¡Los mudos también ríen y lloran! observaba su mujer.

En fin no había que darle vueltas; decididamente aquello era una cosa extraña; mas no se atrevían á decirlo á nadie por temor á la murmuración y al escándalo.

Entretanto el chiquillo iba creciendo, creciendo, sin que nadie le fuera á ver, y sin que las mensualidades dejasen de comparecer tan puntuales como siempre, en el consabido cofre.

El niño tenía ya dos años y estaba todavía ayuno de balbucir una palabra, siempre mudo, siempre serio, siempre sin llorar ni reir.

No era cosa de continuar mi-

rando con indiferencia un caso tan extraordinario.

El marido entonces se fué á encontrar un viejecito que había en la montaña muy entendido en achaques de brujas y malignos espíritus, y le contó punto por punto lo que les estaba pasando.

El viejecito lo escuchó sin pestañear, ni interrumpir para nada su relato, hasta que se lo hubo contado de punta á cabo. Una vez terminado, le dijo:

—¿Queréis saber á quién tenéis en casa?

—Para eso he venido, replicó el marido del ama.

—Pues, bien: al mismísimo hijo del diablo.

—¡Jesús, María, José! Y nuestro buen hombre se persignó por lo menos, una docena de veces.

—¿Queréis echároslo de encima?

—Cuanto más pronto mejor; en llegando á casa diré á la mujer que lo tire á la calle.

—Mal hecho. Tratos son tratos. ¿No os pagan con toda puntualidad? ¿No os dan lo convenido?

—Sí; pero...

Entonces el viejecito, después de reflexionar un rato, le dijo:

—Haced lo que os diré, y no faltaréis al pacto. Tomad trece cáscaras de huevo, y por la noche, antes de ir á la cama, desnudad al niño junto al fuego, después de haber puesto las trece cáscaras de huevo sobre el rescoldo, vueltas hacia arriba; y haced por manera sobre todo que el niño las mire.

—¿Nada más?

—Nada más.

El buen hombre se volvió á su casa deseoso de poner en ejecución lo que el viejo de la montaña le dijera.

Llegada la noche puso las trece cáscaras al fuego, sobre el rescoldo, mientras su mujer sentada delante del hogar desnudaba la criatura de cara al fuego.

De pronto, fijó el niño la vista en las cáscaras de huevo y exclamó:

Ví ser Barcelona un prado,
Y gran ciudad es ahora:
Nunca ví tan poco guiso
Y en el fuego tantas ollas.

Y de un brinco saltó de la falda del ama y desapareció por la chimenea, dejando en la pieza un fuerte olor de azufre.

LA BOTA DE SAN FERREOL

UBO una vez un capitán de ladrones que se llamaba Ferreol.

Sus crímenes no tenían medida y era temido de todo el mundo. Tan sólo al oir pronunciar su nombre, temblaban las personas honradas é inofensivas. Y si malvados eran los facinerosos á quienes mandaba, no hay duda que el peor de todos, el de más duro corazón y más salvajes instintos era el capitán Ferreol.

Contábase de él que había muerto á al-

gunos sacerdotes que, horrorizados de sus crímenes, no querían absolverle.

Hé aquí que un día tropezó con un viejecito y muy santo varón y le dijo:

—¿Quisiérais confesarme?

—¿Y cómo no? le contestó el sacerdote.

—Soy Ferreol, y ya lo sabéis, si no me dais la absolución, os va en ello la vida.

El buen sacerdote se dispuso, sin perder un momento su tranquilidad, á escuchar los pecados de aquel estrafalario penitente.

Cuando hubo acabado la confesión, el cura le dijo:

—Te absolvería de muy buena gana, si me prometieras que cada vez que vayas á cometer una mala acción te acordaras de este viejo refrán:

Lo que no quieras para tí
no lo quieras para los demás.

—¿Nada más? ¿Y la penitencia? exclamó Ferreol muy admirado.

—No necesitas otra. Ya ves cuan sencilla es. ¿Me prometes cumplirla?

—Pues ya lo creo. Esto si que... poco me costará recordarlo.

Y riéndose de lo que le había dicho el confesor, se fué al punto al encuentro de los demás compañeros, los cuales se extrañaron mucho de que no hubiese muerto á aquel capellán, según con los otros lo había acostumbrado.

Hé aquí que á la noche de aquel mismo día sus compañeros le propusieron robar una casa de campo que sabían había quedado sola. No había peligro alguno en intentarlo y además tenía fama de muy rica hacienda en toda aquella comarca.

Ferreol se quedó reflexionando y al cabo de un rato les dijo:

—Muchachos, yo no voy allá.

—¿Y por qué?

—Porque tengo presente aquel antiguo refrán, que dice:

> Lo que no quieras para tí
> no lo quieras para los demás.

—¿Os gustaría á vosotros, continuó diciendo Ferreol, que os saqueasen la casa, aprovechando vuestra ausencia?

—¡Bah, bah! ¿Predicador te nos vuelves?

Se conoce que el cura te ha convertido, dijo uno de la cuadrilla.

Mas él continuó pensando en la penitencia que le había impuesto el viejecito confesor, y no cesó de disuadir á sus compañeros de su mal propósito hasta la misma puerta de la casa, diciéndoles una y otra vez:

—Amigos míos ¿no oís lo que os digo? Lo que no querais para vosotros, no lo querais para los demás.

Tanto y tanto porfió en su consejo, que los ladrones para obrar á sus anchas, no vieron más camino que deshacerse de su capitán, y al efecto lo mataron, ocultándolo dentro de la bodega de la hacienda abandonada.

* * *

Al regresar á ella sus dueños, la hallaron revuelta y saqueada, y supusieron, como es natural, que habían sido los ladrones de la partida de Ferreol, aunque del capitán nunca más se supo nada.

Hé aquí que como acostumbrase toda la familia á proveerse de vino en una bota de un rincón de la bodega, se echó de ver pronto, no sin general asombro, que aquel vino de algún tiempo á aquella parte era mucho más bueno, y que por más tiempo que pasaba, la bota nunca se vaciaba.

Pasaron días y meses y se convencieron de que el vino de la bota era inagotable, y como es natural, entróles la curiosidad de saber la causa de aquella especie de milagro, comunicándolo antes á los vecinos y al rector.

Fueron todos á la bodega, mirando por todas partes, y después de fatigarse en vano trasegando el vino de aquel manantial irres-

tañable, se les ocurrió remover la bota. Levantáronla pues, y ¡cual no sería su sorpresa, al hallar debajo de ella, en perfecto estado de conservación, con las heridas frescas y manando sangre todavía, el cuerpo del que fué tan temido capitán de ladrones, del capitán Ferreol, venerado hoy por la iglesia en los altares con el nombre de san Ferreol, á quien una confesión bien hecha y la sangre por ella derramada, había abierto las puertas del cielo!

EL REY Y LA CAMISA

DESDE que me puse á contar cuentos, he alcanzado entre la gente menuda, gran renombre; renombre que, no lo digo para alabarme, tengo bien merecido.

Mas declaro también con toda sinceridad que á veces me pesa la gloria adquirida; es cierto que el tesoro rondallístico catalán es inagotable, pero más insaciable es todavía la codicia de saber del mundo pequeño que tanto me favorece, y hé aquí porqué

tan amenudo me encuentro atascado y hasta pesaroso de mi reputación de cuentista.

Y es que estoy muy lejos de saber todas las consejas de mi tierra; ¡mucho me queda todavía por andar! Por esto cuando me veo apurado, saco partido de mis lecturas, y hago conseja de cualquier cosa, sea fábula ó leyenda, sea ó no de nuestra tierra.

Días pasados acababa de traducir por encargo, algunos cuentos rusos del conde León Tolstoi, y me regalaba todavía con su precioso estilo popular, cuando comparecieron unos sobrinitos míos.

Como siempre, acabaron por pedirme un cuento.

—Hoy si que os contaré uno nuevecito, les dije.

Delante tenía la traducción que acababa de hacer, y leyendo con cierto disimulo, comencé mi narración de esta suerte:

—El cuento se titula *El rey y la camisa*. ¡Atención!

* * *

«Hallándose una vez un rey enfermo, dijo:

—¡Daré la mitad de mi reino á quien me cure!

Hé aquí que todos los sabios se reunieron y se pusieron de acuerdo para curar al rey, pero no hallaron ningún remedio eficaz á su dolencia.

No obstante, uno de ellos declaró que él sabía un sencillo expediente, mediante el cual el rey curaría infaliblemente.

—Si se encuentra sobre la tierra un hombre feliz, dijo, que se le quite la camisa, y que el rey se la ponga y os digo que al punto quedará curado.

El rey hizo buscar por todas partes un hombre feliz. Sus mensajeros se esparramaron por todo el reino, pero inútilmente; no hallaban lo que buscaban. Ni por milagro se encontró un sólo hombre que estuviese verdaderamente contento de su suerte.

Uno era muy rico, pero estaba enfermo; el otro tenía salud, pero era pobre; el de más allá, rico y con salud se quejaba de su mujer; aquel de sus hijos; en fin, todos deseaban algo.

Una tarde el hijo del rey, pasando por delante una casucha muy pobre, oyó que alguien decía:

—Á Dios gracias, he trabajado bien y á gusto, he comido con buen apetito, y ahora me voy á dormir tranquilamente, ¿qué más me falta?

El hijo del rey no cupo en sí de gozo, y mandó que al momento fueran á buscar la camisa de aquel hombre, y que en cambio le diesen todo el dinero que pidiera y que su camisa fuera enviada al rey, su augusto padre.

Fueron los mensajeros inmediatamente á casa de aquel hombre feliz para llevarse su camisa, pero ¡oh desgracia! el hombre aquel era tan pobre que ni siquiera la tenía.»

* * *

—¿Ya ha acabado usted? preguntóme uno de mis sobrinos.

—Si ya he acabado. ¿Qué tal? ¿Os parece bonito el cuento? ¿No es verdad?

—Cómo que ya lo sabíamos...

—¿Pues quien os lo ha contado? les pregunté admirado.

—La madrinita. Ya verá, ¡dígale que se lo cuente! Ella le llama el cuento del *Hombre feliz*. Un día yo dije á mi hermanito que de todo se olvida: *¡Qué feliz eres!* Y entonces mi madrina me observó que no lo era, porqué el *hombre feliz no lleva camisa;*

y preguntándole porque decía esto, nos contó el caso de la camisa del hombre feliz.

—¿Y bien, os lo contó tal como yo os lo he contado?

—Lo mismo que usted tío; ni más ni menos.

¡Pobre madrina, pensé para mis adentros, si llega á contar la conseja delante de algún crítico que yo conozco! ¡De seguro que la hacía pasar por plagiaria! Buena suerte tiene que no lee, ni escribe, ni comprende siquiera que los cuentos valgan la pena de escribirse. Ella los aprendió de boca de sus antepasados, y de viva voz los cuenta á sus nietos, sin preocuparse de si hacen lo mismo en Rusia ó en otras partes.

MADÓ MARCA

ÉRASE una vez una madre muy desdichada. Dios le había concedido sólo una hija, y aun ésta ciega de nacimiento. Ya podéis suponer que había visto médicos á granel y que todo el mundo le daba remedios, sin que nadie pudiera curarla.

Un día aseguraron á aquella pobre madre que su hija curaría tocándole los ojos con un pedacito de madera de la Cruz en que murió el Redentor, y desde entonces ya no se dió descanso hasta encontrar algún capitán de barco de buen corazón que fuese á la Tierra Santa.

Preguntando, preguntando, halló lo que buscaba; un capitán que debía salir con su barco, dentro de poco, con rumbo á Oriente.

—¡Tened compasión de mí! le dijo aquella madre sin consuelo, con las lágrimas en los ojos. Mi hija es ciega y no curará sino con un pedacito de madera de la Santa Cruz.

—Comprendo vuestro deseo, buena mujer, dijo el capitán verdaderamente enternecido. ¿Queréis que os traiga el remedio para vuestra hija? ¿No es cierto?

—¡Ah! sí, buen capitán; ¡Dios os lo pagará!

—No paséis cuidado, Madó Marca, tendréis lo que deseáis. Madó Marca, que así se llamaba la desgraciada madre, quedó consolada viendo partir el buque que había de traerle la salud de su querida hija.

Pasó tiempo y más tiempo, y la pobre mujer con su hijita ciega iba todos los días al muelle á saber noticias del buque que había ido á la Tierra Santa.

Todos los marineros la conocían; todos sabían quien era y porqué iba al muelle todos los días Madó Marca.

Un día, que como siempre, habían bajado al puerto madre é hija á preguntar por el anhelado barco, oyeron á un marinero que muy alegre decía:

—Si no me engaño, aqui tenemos al capitán por quién cada día pregunta Madó Marca.

Entre los marineros se discutió por algún rato si lo era ó no lo era, y por último exclamaron:

—Ahí viene efectivamente, es el barco que fué á la Tierra Santa.

Aquel grito resonó en el corazón de la pobre mujer que aguar-

daba con tanto afán el remedio para su hija tan querida.

Mientras tanto desde la cubierta de la nave que tranquilamente entraba al puerto, el capitán con amoroso anhelo contemplaba aquellas playas, y aquel pueblo tan querido, por los que tantas veces había suspirado. De pronto, sus ojos se fijaron en aquella madre é hija que le esperaban y exclamó:

—¡Allí están Madó Marca y la cieguecita! ¡Válgame Dios! Y yo que no me he acordado de traerle madera de la Cruz Santa!

Un marinero de la misma nave que le oyó, le dijo:

—No os apuréis por esto, capitán; una astilla de la barca bien envuelta en un papel, hará el mismo efecto.

No pareció mal al capitán el consejo, y lo puso al punto por obra.

Hé aquí que al saltar á tierra, madre é hija corrieron á su encuentro.

—¿Y mi encargo? preguntó con voz conmovida la madre de la cieguecita.

—Aquí lo tenéis, respondió el capitán.

La mujer tomó con temblorosa mano el papel, lo desenvolvió y con sumo cuidado,

como si no se atreviese á tocarla, pasó aquella pequeña astilla sobre los párpados de la cieguecita.

Las lágrimas corrían por la cara de Madó Marca; el capitán y el marinero no podían contener la risa; los demás allí presentes miraban con cierta curiosidad aquella conmovedora escena.

—¡Veamos si la madera de la barca hace el milagro! exclamó el marinero que venía de Tierra Santa más descreído de lo que había ido.

En aquel instante, la cieguecita se puso las manos en los ojos y con voz que expresaba á la vez extrañeza, alegría y agradecimiento, exclamó:

—¡Madre, madre mía, ya veo!

Madó Marca cayó de rodillas y levantó los brazos al cielo llena de fervor.

Y los circunstantes oyeron claramente una voz fuerte y atronadora, que decía:

No es por la madera de la barca
sino por la fé de Madó Marca.

El capitán y el marinero que estaban en el

secreto del engaño de la pobre madre, cayeron de rodillas á su lado, y tuvieron de creer que es la fé la que hace milagros.

LA ROCA GRANDE

En una comarca había una gran peña que por su especial situación llamaba la atención de todos los viandantes: parecía como que la hubieran colocado expresamente junto á un camino muy frecuentado, para excitar la pública curiosidad, la cual aumentaba todavía más una inscripción en claros caracteres en la parte más visible de ella, que decía así:

Dichoso será
aquel que me moverá.

Pasó por allí cierto día un sujeto, leyó el rótulo y se imaginó que aquella misteriosa roca ocultaría por lo menos un tesoro capaz de hacer dichoso á quien lo descubriese. Aguijoneado por la ambición determinó, pues, remover la roca y apoderarse de lo que hallara debajo de ella.

Reunió al efecto muchos trabajadores y les hizo poner manos al obra con barras, palancas y toda suerte de herramientas. La tarea fué larga y penosa: comenzó á moverse la peña, y sólo á fuerza de jornales empleados en desasirla, lograron hacerla caer al otro lado del camino, recostándola pre-

cisamente por la parte en que se leía la inscripción antes indicada.

Entonces el que buscaba el tesoro púsose á trabajar de firme en el sitio que había dejado al descubierto la peña. Mientras revolvía la tierra, los trabajadores que se habían sentado para descansar, observaron otro rótulo que había en la parte de la roca que antes se apoyaba en el suelo y lo mostraron á su amo. Esta segunda inscripción decía:

Dios te lo pague,
hacía ya mucho tiempo
que descansaba de este lado.

Y el ambicioso sujeto, burlado en sus esperanzas, se quedó sin el tesoro que buscaba y sin el dinero gastado en pagar á los trabajadores que le ayudaron.

LO CARBONER

Una vegada era un carboner mòlt pobre que tenía molta canalla. Tot s' ho havía de menester per ells, y anava mòlt mal cuydat.

Un día que no li quedava res per menjar, perque tot ho va tenir de donar, va dir que ben jurava que 'l día que pogués anar á bosch y fer una saca de carbó, 's menjaría una gallina sencera ell tot sol.

Un matí va sortir ben aviat á bosch y era mòlt dematí que ja tenía la saca de carbó feta, y va fer lo que havía promés.

Va agafar una gallina, la va matar, y la va posar al foch á coure dintre d' una olla.

Mentres s' anava cohent va passar un gran senyor, mòlt ben montat, ab richs esperons y gran capa y li va dir:

—Dèu lo guart, lo carboner.

Ell que li respón:

—Dèu lo guart, lo cavaller.

—¿Me voldríau donar de la gallina que 's cou en aquesta olla?

Lo carboner va mirársel, mòlt enfastigat de véurel tan ben vestit y que li pidolava lo que era sèu, y li va preguntar:

—¿Quí sòu, que aixís sabéu lo que còch?

—Soch la Sort, li respongué 'l cavaller.

—¿La Sort? Donchs no us vull donar res, perque sòu la mateixa injusticia; als uns los ho donéu tot y als altres res. Anéu en nom de Dèu.

Quant ja tenía la gallina cuyta, que la anava á treure de la olla, se va presentar un altre senyor, vestit mòlt pobrement, gayre be despullat, montat en un cavall sech que se li veyan los ossos, y li va dir:

—Dèu lo guart, lo carboner.

Ell que respón:

—Dèu lo guart, lo cavaller.

—¿Me voldríau donar de la gallina que teníu dintre d' aquesta olla?

—¿Quí 'us ho ha dit que 'm cohía una gallina? Un sol día que vull passármela bé, ja tothom sab que 'm còch una gallina. ¿Quí sòu?

Lo cavaller que li respón:

—Soch la Mort.

—¡Ah! ¿Sòu la Mort? va fer lo carboner. Donchs, si. Vos ne donaré de mòlt bona gana

perque sòu la mateixa justicia; á tots feu igual compte, y tant be 'm tractaréu á mí com al més rich del mon. Asseyeuvos.

Y 's varen posar á menjarse la gallina 'l carboner y la Mort.

En acabat de menjar y beure, la Mort que li va dir:

—¿Qué vols? ¿Que 't falta? Jo t' ho puch donar.

Y 'l carboner que diu:

—No més me faltan diners; perque tinch mòlts fills y una bona dona.

La Mort li va dir:

—Serás servit. Jo t' enviaré lo que demanis.

Pero 'l carboner no gosava demanar.

—¿Ne tindrás prou ab tota la tèva casa plena d' or?

Lo carboner va dir que sí.

Y la Mort li va dir que quant arribaría á casa sèva la trobaría tota plena de diner, que no hi podría entrar.

Lo carboner va arrivar á casa sèva, y tot va trobarho com la Mort li había dit: totas las cambras estavan plenas de diner. La sèva dona era fora, y las criaturas jugavan al portal. Las va agafar y va dúrselas á una botiga pera vestirlas. Y éll y las criaturas se varen vestir com á richs.

Quan la dona del carboner va arribar á casa sèva, va quedar admirada y va dir.

—¡Ay! ¡pobre de mí que l' home se m' ha tornat boig! ¿D' ahont has tret tot això?

Ell que li diu:

—Mira, calla y no t' hi enfundis, perque tot això es ben nostre. Es una sort que he tingut.

Y li va ensenyar tot lo diner que tenían. Després la va fer anar també á la botiga á vestirse pel estil com anava éll y las criaturas. Allí va vestirse y arreglarse be, com una gran senyora.

Arreglats que varen ser, varen procurar pera ferse una gran casa, y 's donavan mòlt bona vida, y tot lo día anavan en cotxe.

Al cap de temps la Mort va anar á véurel, y li va dir:

—Mira que no fas sino gastar diners, y per mòlts que 'n tingas se t' acabarán. Es menester que fassas un ofici ó altre. Digas quin ofici vols fer y tot desseguida te 'n passaré mestre.

Lo carboner no sabía que respondre, y la Mort li va dir:

—¿Vols fer d' adroguer?

Y ell va dir:

—No sabent d' escriure, la gent me quedaría á deure, y com no ho assentaría, tot ho perdría.

La Mort que li diu:

—¿Vols fer d' apotecari?

Y 'l carboner li respón:

—Com que no sé de llegir, no podría llegir las receptas, y donaría una medicina per altra.

Allavors la Mort que li diu:

—Donchs, te 'n diré un altre que no podrás refusar, perqué no haurás de llegir ni escriure.

Y li va proposar de ser metje.

Ell li va dir que no 'n volía ser, perque no sabría fer receptas, y la Mort li va dir que no tindría de receptar, que ja li explicaría com hauría de fer, que curaría sense remeys.

—Quan d' una casa vingan á buscarte, li va dir,

mira darrera la porta si 'm veus á mí, y si 'm veus, per pacífich y tranquil que estiga 'l malalt, dona pressa als de la casa pera que 'l fassin confessar y combregar; perque será que s' haurá de morir. Y quan no m' hi vejas, per més dolorós que sía 'l mal, dígalshi que no li fassin cap remey que 'ls asseguras que no 's morirá. Y com ho endivinarás tot, de per tot arreu vindrán á buscarte.

Aixís ho va fer, y com sempre ho encertava, de totas las parts del mon l' enviavan á cercar, y ab una visita ja 'n tenía prou, y guanyava mòlt de diner.

Al cap d' algún temps la Mort va anar á véurel, y li va dir que ja que ella l' havía visitat dos cops á casa sèva, desitjava que éll anés un cop á casa de la Mort.

Va anarhi y la Mort li va ensenyar mòlts armaris ahont hi havía mòlts gresols encesos. Los uns feyan bona cara y 'ls altres s' anavan acabant, y va preguntar á la Mort que eran aquells llums y ella li va contestar:

—Son las vidas dels homens.

Y li va ensenyar un llum que s' acabava per punts y li va dir que aquell era la sèva vida, que corregués á casa sèva y que 's confessés y combregués, que moriría á las pocas horas.

Ho va fer. Va arribar á casa sèva y va dir á la sèva dona que corregués á cercar un capellá depressa, depressa.

Y la sèva dona va dir:

—¿No ho deya jo, que 'l meu home era boig? Ara diu que vol confessarse y combregar están bo.

Pero, al veure que tant se desficiava, 'l va creure.

Y aixís que va haverse confessat y combregat, va morir, tal y com la Mort li havía dit.

Notas

EL CARBONERO

De esta conseja que se cuenta por todo Cataluña hay versiones distintas. La más curiosa sin duda es la que damos en el texto, en alguna parte muy semejante á un cuento de Andersen.

Una de las variantes consiste en decir la Muerte al carbonero que si la vé á la cabecera del enfermo, éste morirá y sino vivirá. Un día ofrecen al carbonero toda una fortuna si cura á un enfermo, que tiene la Muerte á la cabecera de la cama. Después de mucho pensar, para no perder la fortuna que le prometen, se le ocurre una manera ingeniosa de burlar á la Muerte, y es mandar que

se vuelva la cama del enfermo, de tal suerte que la Muerte se quede á los pies, con lo cual el famoso médico pudo asegurar con toda tranquilidad que el enfermo no moriría de aquel lance.

Por cierto que en algunos puntos de Cataluña es proverbial el dicho de que á la Muerte nadie ha podido engañarla sino el carbonero, y este dicho vulgar no puede fundarse en otra cosa que en el presente cuento.

Recordamos también haber leído hace tiempo un cuento popular de Fernán Caballero, semejante al catalán, en la idea fundamental, titulado, si no andamos equivocados, *Juan Holgado y la Muerte,* y de él hemos visto un arreglo últimamente en *La Lectura Popular* de Orihuela.

EL ZAPATERO DE ABAJO

Á consecuencia de lo que refiere este cuento del ambicioso zapatero conocido con tal nombre, cuando el egoismo hace desplegar un celo exagerado por algún negocio hasta el extremo de echarlo á perder, se suele decir:

—¡Este ha tirado demasiado la cuerda, como el zapatero de abajo!

EL LADRÓN Y EL DEMONIO

La costumbre de invocar el nombre de Jesús antes de beber, se funda en el supuesto peligro de que los malignos espíritus entran en el cuerpo del que bebe sin esta precaución; el mismo fin tiene también hacer la señal de la cruz cuando se

bosteza. Pero el peligro es mayor, según creencia popular si se bebe ó bosteza rezando el rosario. Es creencia también del mismo género, que las distracciones, el sueño y toda necesidad corporal sentidas mientras se reza el rosario, son obra del diablo.

Este cuento lo contaba una muchacha de Osseja, en la Cerdaña francesa, y no ha sido publicado, que digamos, en ninguna de las numerosas colecciones escritas en nuestra lengua.

QUIEN NO TE CONOZCA QUE TE COMPRE

Este cuento con el cual se trata de explicar el refrán que lleva por título, se suele localizar en varios puntos de Cataluña, especialmente en las que son célebres por las transacciones de ganado que en ellos se hacen. Generalmente, en la comarca del Vallés, es en la feria de Vich, donde va á vender el payés su burro.

Y como que en castellano existe el sudodicho refrán en los mismos términos, no fuera extraño se contase también en Castilla el cuento del burro convertido en estudiante.

Á LAS PUERTAS DEL CIELO

Es notable la coincidencia que existe entre esta leyenda que se encuentra con algunas pequeñas variantes, en una colección de cuentos belgas, y un cantar castellano que dice:

En la puerta del cielo
venden zapatos
para los angelitos
que van descalzos.

Es probable que este cantar recuerde algún cuento popular castellano olvidado de la tradición oral, que tal vez se encuentre algún día.

EL PASTORCILLO

De este cuento que recogí de viva voz de una chica de la Cerdaña, se ha publicado anteriormente alguna variante, y entre ellas debe hacerse mención especial de la que se contiene en el *Llibre de la infantesa*, de don Terencio Thos y Codina. Una leyenda tradicional basada sobre el mismo asunto, con el título de *L' áliga, l' os y la formiga*, fué premiada y publicada en los *Juegos Florales* de Barcelona de 1864: vid. p. 99 y siguientes.

LA MONA DEL OBISPO

Es el apodo que suele aplicarse á las personas exageradamente movedizas, cuyas gesticulaciones ridículas excitan las ganas de reir, y equivale á decir que las tales son capaces de hacer reir á un muerto.

Este dicho habrá acudido á los labios de muchos lectores, sin que puedan sospechar que la tal *Mona del obispo* haya existido de carne y huesos y se haya conquistado tan buena fama con sus hazañas.

Y sin embargo ellas y la más notable de todas que acabamos de relatar, andan en boca del pueblo.

EL HOMBRE DE LA VACA

En este cuento se vé de manifiesto el espíritu de severa justicia que anima al pueblo, y que unas veces toma el carácter vindicativo repugnante, como el lujo de crueldad con que procede el hombre de la vaca, para castigar el engaño de que fué víctima, otros un carácter equitativo muy simpático, como en el *Buen alcalde*, y otras reviste una intención moral y filosófica muy marcada, como en *Quien no te conozca que te compre*, donde se vé al tunante castigado con sus mismas tretas.

LOS TRES DIABLOS

Fué publicada esta conseja por nosotros en la *Veu de Catalunya*, y mereció el honor de ser traducida al provenzal y de ser reproducida por el periódico de Aviñon el *Aioli*, con el título de *Au diable lou travai*.

EL LOBO Y LA OVEJA

El conde León Tolstoi es un novelista de primera fila, y en el género de la leyenda, no es sólo el primero en Rusia, sino el primero entre los modernos. *Las tres palabras divinas*, *El ahijado* y *Los dos peregrinos*, le bastarían á darle la reputación que tiene si fuese posible que se perdiesen todas sus obras de valer, que son muchas. Los cuentos y leyendas del conde Tolstoi, poseen una cualidad que las hace muy apreciables: son

del pueblo y van al pueblo. Las consejas con mucha razón pueden llamarse *consejas rusas*, porque es el pueblo ruso quien las ha creado. El conde Tolstoi no hace más que vestirlas; pero cuando su ropaje natural les sienta bien, entonces ni siquiera las toca, sino que las deja ir por esos mundos de Dios sin atreverse á poner su mano en estos preciosos monumentos que nos ha trasmitido la tradición oral.

Creemos que diciendo esto no hacemos ningún disfavor al ilustre novelista ruso; muy al contrario Tolstoi gana con ello mucho á nuestros ojos y ojalá que su criterio literario en este punto concreto llegase á formar escuela entre nosotros. Ojalá que los tesoros del saber popular catalán fuesen estudiados con verdadero amor, que si brillante es el estado actual de la literatura de Cataluña, mucho más lo fuera si acudiesen á beber á aquella fuente de inspiración todos los espíritus sedientos de bondad, de verdad y de belleza.

Si tuviésemos la menor duda sobre este origen popular de las consejas y narraciones del conde Tolstoi, que tan claramente revelan sus cualidades, nos guardaríamos bien de sentar afirmaciones. No parece sino que el autor de una obra tome á mal que le descubran de donde le ha sido inspirada ó de donde la ha sacado. Suelen los autores tener verdadera manía de originalidad. No sabemos si el conde Tolstoi tiene también esta preocupación; si fuera así que nos perdone; folk-loristas de afición sólo como á tales hemos leído muchas de sus narraciones, y nos hemos

embebido en sus consejas como cuando teníamos menos años y más ilusiones.

No es una duda, sino una certeza, la que tenemos respecto de que el conde Tolstoi es un folk-lorista como el más humilde de sus admiradores. A tratar de este punto no nos faltarían pruebas indudables de que sus cuentos y leyendas han salido del pueblo mismo á quién van dirigidas. Aun que no tratamos de hacer ningún trabajo de puro folk-lore, sólo con el objeto de convencer á nuestros lectores de que estamos en terreno firme, vamos á traducir del volumen del conde Tolstoi, *Cuentos y Fábulas*, la titulada *El perro y el lobo*.

Dice así la *Fábula* del compilador ruso:

«Un perro se durmió fuera del corral, cuando he aquí que llegó un lobo hambriento, que quería devorarlo.

»El perro le dijo:

»Lobo tén un poco de paciencia, ahora estoy muy flaco, soy todo huesos; déjame vivir un cuanto tiempo más, que mis amos pronto van á celebrar unas bodas; como en ellos comeré mucho, me engordaré y seré más apetitoso.

»El lobo tuvo confianza en las palabras del perro y pasó de largo.

»Cuando volvió de nuevo, vió al perro estirado sobre el porche.

»—¿Y pues, preguntó el lobo, se han hecho ya aquellas bodas?

»—¡Por cierto que había de hacerte un encargo! replicó el perro. Si por casualidad otro día me encuentras á tu alcance, créeme, no esperes las bodas!»

Esta fábula es evidentemente popular en Cataluña.

Las variantes entre una y otra son tan pequeñas, que no valen la pena de atribuirlas al conde Tolstoi, para hacerle aparecer más original.

Lo que hay es que la catalana ha llegado á nosotros más completa, más redondeada, tal vez porque el pueblo catalán se ha entretenido en ajustarla más á su vida y hasta á una forma típica de contar los cuentos, forma que consiste en hacerla acabar en dos frases rimadas.

LOS TRES DONES DE SAN PEDRO

Este cuento lo he recogido de viva voz, poseyendo además dos variantes típicas, una de un pueblo cerca Valencia y la segunda de otro pueblo de la provincia de Barcelona. Las dos variantes en general, no se diferencian sino en pequeños detalles; por ejemplo, en la de Valencia son los dones de san Pedro *una bolsa, un burro y una vara* y en la de Barcelona *unos manteles, un asno y una vara.*

Creemos que este cuento es completamente inédito.

CAMINO DEL MOLINO

Hay una variante que consiste en que el muchacho se detiene delante unos que «siembran trigo» y dice: Una cuartera y tres cuartanes. Y pareciéndoles poco solo tres cuartanes por cuartera de simiente, le apalean y le hacen decir «que salgan muchas».

EL BUEN ALCALDE

Fué recogido este cuento en la Conca de Tremp. En vez de ser tres los ricos que van contra el pobre, el pueblo añade otro, un mesonero: el caso que le pasa en el mesón al pobre es muy típico, pero si tiene valor folk-lórico, no se recomienda mucho por su moralidad intrínseca y por esto sin ningún reparo lo hemos suprimido. Por otra parte no hace ninguna falta para que el pensamiento total quede redondeado y completo.

Este cuento popular que creemos del todo inédito, recuerda por su estilo, el cuento ruso de Tolstoi, *Un juez hábil.*

EL HUERCO

Esta leyenda fué recogida de viva voz en San Feliu de Codinas, villa del partido de Granollers y de la provincia de Barcelona.

EL HIJO DEL DIABLO

Una *follia* catalana, bien misteriosa por cierto, tanto como el final de esta conseja, dice así traducida del catalán:

La ciudad de Barcelona
Yo la ví cuando era un prado,
Y el bosque de Malatosca
Lo ví siendo un gran poblado.

En Peramola distrito judicial de Solsona, provincia de Lérida, se canta esta misma letra con aire de danza *(ballet).*

¿Á que tradición se refiere? No lo sé; pero sin duda á la misma del estrambótico final de la conseja, que recogí de viva voz de una mujer del llano de Vich.

LA BOTA DE SAN FERREOL

Desde entonces acá, cuando una cosa dura más de lo natural, cuando una bolsa, de que se ha de sacar dinero, no se vé nunca vacía, y en muchas otras circunstancias parecidas, se hace proverbial la frase: Parece *la bota de san Ferreol;* dura como la *bota de san Ferreol.* Esta leyenda fué publicada por la conocida escritora catalana que firma con el pseudónimo de Agna de Valldaura, en su volumen, *Tradicions religiosas de Catalunya:* Barcelona, 1877; pag. 25.

EL REY Y LA CAMISA

Veánse los *Cuentos y consejas* del conde León Tolstoi, edición de París. Este cuento es antiquísimo; consta ya en el libro *El hombre feliz,* del P. Almeida y de seguro que el no la inventó.

MADÓ MARCA

Cuando una persona se alaba de haber hecho ó bien de haber obtenido alguna cosa por sus propios medios, siendo así que se sabe de cierto, que otro ha puesto todo el trabajo, se le suele decir en mi pueblo natal: *No es por la madera de la barca, sino por la fé de tu madre.*

En Mallorca se cita este proverbio de la manera que en el cuento se expresa: *No es por la madera de la barca sino por la fé de Madó Marca.*

Esta leyenda — que por el nombre de *Madó,* tratamiento que se dá á las amas de las alquerías ó *masías* en Mallorca, nos parece originario de dicha isla, — no la he visto publicada todavía en ninguna colección catalana, por más que la considero de muy alto precio para la rondallística; ni tampoco en los interesantes *Cuentos mallorquins*, que dió á luz don Pedro de Alcántara Penya, en 1884, en Palma de Mallorca.

El hecho de no haberse publicado aún, nada tiene de particular, si se considera la riqueza folklórica que queda aún por descubrir en nuestro Principado.

INDICE

Advertencia.	VII
Prólogo, por *Sebastián Farnés*. . .	IX
El carbonero	13
El zapatero de abajo.	23
El lobo cocinero.	31
El ladrón y el demonio. . . .	33
Quien no te conozca que te compre. .	41
Á las puertas del cielo. . . .	49
El pastorcillo.	57
La mona del obispo.	67
El hombre de la vaca	71
Los tres diablos.	81
El lobo y la oveja.	91
Los tres dones de san pedro. . . .	97
Camino del molino	111
El buen alcalde.	117
El huerco.	129
El hijo del diablo	139
La bota de san Ferreol. . . .	149
El rey y la camisa.	155
Madó Marca.	161
La roca grande.	167
Lo carboner.	171
Notas.	177

GRABADO Y ESTAMPADO

en Abril de mil ochocientos noventa y tres

POR

J. Thomas y C.ª Barcelona

Biblioteca Universal Ilustrada

TOMOS PUBLICADOS

NOVELAS GRIEGAS

NARRACIONES AMERICANAS

NARRACIONES POPULARES CATALANAS

EN PRENSA

Novelas italianas

(ILUSTRACIONES DE J. BAIXAS)

Con este tomo se reparte á los señores suscriptores, la lámina, *La tarde del domingo*, de Dionisio Baixeras.

Para los pedidos dirigirse á los Sres. DURÁN Y C.ª, editores, calle Claris, 106-108, en Barcelona.
Provincias y Ultramar: En casa de los señores Corresponsales.

LaCat
F2355n
.SL

492503

Farnés, Sebastián
Narraciones populares catalanas. tr. por
A.R. Ll.

DATE.

NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED